

## I. DON SIMON RODRIGUEZ, TROTAMUNDOS Y PEDAGOGO.

Don Simón Rodríguez, el caraqueño, llamado *El Maestro del Libertador*, aparece tres veces vinculado a la vida de Simón Bolívar, su tocayo y discípulo en el amor y estudio de Jean-Jacques Rousseau. Se habían separado en la capital de Venezuela en 1797, y se volvieron a hallar, en el segundo viaje de Bolívar a Europa, cuando éste descubrió a su amigo en un pequeño hotel de la Rue Basse de Saint-Pierre. El último y final encuentro fue en 1824, año en que Rodríguez emprendió alucinadas empresas pedagógicas en la actual Bolivia, a la sombra poderosa de su magnífico camarada.

La historia se confunde con la leyenda tratándose de Bolívar. Durante mucho tiempo se tejieron embustes, más o menos pintorescos, sobre su educación en las primeras etapas de su novelesca existencia. Los investigadores más recientes han rectificado algunas de esas fantasías y han puesto las cosas en su verdadero lugar. Es muy sugestivo que en las disposiciones testamentarias de don Feliciano Palacio y Sojo, abuelo materno del héroe, no se encuentre la más leve nota sobre la educación que debía impartirse a los dos niños Bolívar.

Antes de concluir el año de 1797, se produce el primer contacto estrecho entre el discutido maestro y el aprovechado discípulo. Carreño, el escribiente de los Palacios, ricos señores caraqueños y tíos del joven Simón, se cambió el apellido por razones caprichosas que todavía no están suficientemente esclarecidas. Carreño será en adelante Simón Rodríguez, apellido materno de un individuo que empezaba a llamar la atención por las excentricidades de su carácter. Ya había cumplido veintiséis años y revelaba originalísimas ideas en materias muy diversas. La familia Palacios gastó dos mil y pico

\* *La Nación*, Santiago de Chile, 8, 17, 22 y 29 de mayo y 17 de junio de 1950.

de reales, en 1793, para hacer venir libros destinados al pendolista y pichón de filósofo. Don Simón Rodríguez tenía también una predisposición enciclopédica y llegó a conocer varios idiomas, como el alemán, que hablaba posteriormente a la perfección. Lo desvelaban las matemáticas, la filosofía, la química, y despuntaban sus conceptos revolucionarios hasta el extremo que se atrevió a presentar al Ayuntamiento de Caracas un opúsculo manuscrito que llevaba el siguiente título: *Reflexiones sobre los defectos que vician la escuela de primeras letras de Caracas, y medio de lograr su reforma por un nuevo establecimiento.*

Por más que en la ciudad del Avila abundaban entonces los espíritus ilustrados y se abrían paso vientos de renovación política y social, no cuajaron los experimentos docentes de Rodríguez. No sólo en Caracas escandalizó a las gentes el imitador de Rousseau y de Lancaster. Más tarde, como veremos luego, desconcertó a los padres de sus pupilos, tanto en Bolivia como en Perú y en Chile, al pretender realizar la pedagogía natural. Conocemos en detalle los escritos de Simón Rodríguez, pero no se han descrito con espacio los primeros fracasos de su rústica experiencia. El rousseaunismo lo entendía don Simón de una manera que todavía encontraría obstáculos, y en diversas oportunidades explicaba la anatomía del cuerpo humano haciendo cátedra en su propia desnudez.

Larrazábal, en su *Vida de Bolívar*, dice a este respecto: "El sistema de educación de don Simón Rodríguez era una idea vasta de reforma, que habrían envidiado Owen, Saint-Simon y los más ardientes reformadores."

El autodidactismo socrático de Bolívar tuvo un punto de atracción máxima en el originalísimo preceptor, que surge en tres momentos decisivos de su fecunda vida. La sugestión derramada por Rodríguez definió el carácter del Libertador, lo sacó de un período de neurastenia y lo vigorizó con impulsos constructivos que lo hicieron desembocar en la gloria más auténtica. Bolívar no revela ninguna precocidad literaria, y la primera carta suya que se ha descubierto lo exhibe en un plano de dificultad expresiva bastante categórico. Con el tiempo las cosas cambian y los discursos, cartas y proclamas que ha compilado don Vicente Lecuna demuestran que dominó la palabra hablada y escrita.

Rodríguez fue destituido de la escuela fiscal en que desperdició sus genialidades y desconcertó a sus compatriotas. Decepcionado, molesto e irritado, salió de su país natal y se embarcó primero rumbo a Jamaica, a donde arribó en junio de 1797. Ahí se inicia la

mental de los criollos, todavía enredados en las faldas gazmoñas de la tradición.

Daríamos cualquier cosa para poder reconstruir los días vieneses de don Simón, vagabundo impenitente, divagador entretenido, conversador ameno y maestro que muchas veces tuvo que transformar la cátedra en pulpería, para poder subsistir. Bolívar lo entendía a las mil maravillas y seguía las volutas de su tornadizo pensamiento, de sus intuiciones que, probablemente, lo impulsaron a trocar la vida de señorito ocioso en asalto a la celebridad. El cenáculo que se reunía en torno a Fanny du Villars, vecino al Boulevard del Temple, fue decisivo en la evolución mental de Bolívar. Este, en carta fechada en París, en 1804, dice lo siguiente: "El señor Rodríguez sólo amaba las ciencias. Mis lágrimas lo afectaron, porque él me quería sinceramente, pero él no las comprende. Yo lo hallo ocupado en un gabinete de física y química que tenía un señor alemán, y en el cual debían demostrarse públicamente estas ciencias por el señor Rodríguez. Apenas le veo yo una hora al día. Cuando me reúno a él, me dice de prisa: mi amigo, diviértete, reúnete con los jóvenes de tu edad, vete al espectáculo, en fin; es preciso distraerte y éste es el solo medio que hay para que te cures. Yo comprendo entonces que le falta alguna cosa a este hombre, el más sabio, el más virtuoso, y sin que haya duda, el más extraordinario que se puede encontrar."

Don Simón, a pesar de lo ensimismado que aparece aquí, se preocupó de llevarle un médico a Bolívar y de sacarlo después a recorrer rutas cargadas de historia.

## II. LOS DOS SIMONES.

Durante el período en que por segunda vez se encuentran en París, el Libertador pasaba por una crisis grave, de la cual hay testimonio en sus cartas. En 1804, le expresaba lo siguiente al caballero Denis de Trobriand: "No soy un hombre político, obligado a empeñar el debate en una asamblea deliberante; no mando un ejército y no estoy obligado a inspirar confianza a los soldados; no soy ni sabio que tenga que hacer con calma y paciencia una demostración ardua ante un auditorio numeroso. Hoy no soy más que un rico, lo superfluo de la sociedad, el dorado de un libro, el brillante de un puño de la espada de Bonaparte, la toga del orador. No soy bueno más que para dar fiestas a los nombres que valen alguna cosa. Es una condición bien triste."

Poco después, Bolívar era arrancado de la fascinadora atmósfera mundana de la capital de Francia, donde conoció a madame Recamier y a madame Staël y trató a hombres de moda, como el vizconde Laine, el jefe de policía Delagard y los hermanos Lameth, junto con generales, como Oudinot y Eugène de Beauharnais, y sabios y artistas, como Humboldt y Talma. Don Simón Rodríguez, con su embrujo personal, que tanto influía en su tocayo, lo sacó de la vida social y juntos los hallamos, a fines de noviembre de 1804, instalados en la plácida calle de Lancry, disfrutando de un modesto pasar.

A comienzos de 1805, los dos amigos emprenden una peregrinación que recogerá la historia, siguiendo la iniciativa del pedagogo rousseauiano, que decidió convencer a Bolívar de la necesidad de viajar a pie rumbo a Italia. Era la ruta que, entre otros, harían también Goethe y Stendhal y que, en este caso, transformó las directivas espirituales del futuro caudillo americano.

Rodríguez tenía labia, convicciones y talento múltiple. Es indudable que trazó una huella categórica en el alma, hasta entonces vacilante, de su camarada y paisano. De Lyon a Chambéry demoraron once días, y les tocó un tiempo primaveral y propicio a las divagaciones naturalistas que encantaban a Rodríguez. El pedagogo venezolano sentía un placer insólito en moverse por entre un paisaje que inspiró a la pluma de Jean-Jacques Rousseau. De Chambéry enderezaron hacia Milán, y en la metrópoli lombarda presenciaron un fastuoso espectáculo: la coronación de Napoleón Bonaparte. Aunque en ese tiempo Bolívar no expresaba gran admiración por el corso que se preparaba a dominar el continente europeo, más tarde rectifica su juicio y sigue, en cierto modo, los pasos de la mayor figura militar de su época. De Milán, por Verona y Vicenza, pasaron a Venecia, y en seguida, a Padua, Ferrada, Bolonia, Florencia, Perugia y Roma, capital donde a fines de junio se instalaron en un hotel de la Piazza di Spagna, según cuenta en sus *Memorias* don Tomás Cipriano de Mosquera.

La pedagogía socrática de Rodríguez manipuló con habilidad en su genial discípulo, y la admiración de Rousseau que se transparente en las cartas de Bolívar en sus días de plenitud es producto de la acción docente del primero a través de tantos lugares saturados de tradición. Vejarano dice a este respecto en su biografía de Bolívar: "Desde ese día Bolívar no volverá a separarse de sus obras (las de Rousseau), y extendido en una hamaca, a las sombras del morichal llanero, se le ha de ver leerlas y releerlas durante los largos años de sus guerras tempestuosas."

Cabe adivinar el efecto maravilloso de las pláticas de don Simón Rodríguez en el hombre que va a libertar a la mitad de América. En un día que no se ha podido precisar, pero posiblemente a fines del verano de 1805, llegan los errantes criollos de la Ciudad Eterna. Roma, como en todos los tiempos, refulgía en su seductor medio artístico, social y literario. Numerosos americanos visitaban la capital de Italia, y en sus reuniones acogieron a los dos vagabundos, que arribaban aureolados con el prestigio de la extravagancia y de la genialidad. Lo que allí pasó, las enseñanzas que recogieron, las impresiones cambiantes que los abrumaron y los contrastes morales y políticos que percibieron en los refinados cenáculos romanos, son cosas que se han esfumado entre los testimonios contemporáneos de la gira de ambos amigos. Pero ha permanecido un hecho grandioso que se confunde con lo legendario, y que ciertos historiadores de escasa intuición han negado: el juramento de Simón Bolívar en el Monte Sacro, que no es el Monte Palatino, como dijo él mismo equivocadamente años más tarde.

Desde allí no se domina el panorama romano, pero el sitio está identificado también con la grandeza imperial de un pasado que rutilaba en millares de ruinas y monumentos. En 1842, don Simón Rodríguez reconstruyó la escena en unas confidencias que hizo al escritor neogranadino Manuel Uribe Angel, en la ciudad de Quito. Los dos hombres ilustres se hallan solos, y posiblemente los sobrecogía la emoción del lugar. Oigamos ahora al propio Rodríguez en la parte culminante de su relato: "De repente Bolívar se pone de pie. Una emoción sobrehumana lo anima. Sus cabellos levantados por el viento le hacen una aureola. Sus mejillas palidecen y se animan, una llama arde en su mirada. De su boca brotan frases entrecortadas, sonoras: '¿Conque éste es —dijo— el pueblo de Rómulo y de Numa, de los Gracos y de los Horacios, de Augusto, de Nerón, de César y de Bruto, de Tiberio y de Trajano? Aquí todas las grandezas han tenido su tipo y todas las miserias su cuna. Octavio se disfraza con el manto de la piedad pública para ocultar la suspicacia de su carácter y sus arrebatos sanguinarios. Bruto clava el puñal en el corazón de su protector para reemplazar la tiranía de César con la suya propia. Antonio renuncia a los derechos de su gloria para embarcarse en las galeras de una meretriz. Sin proyectos de reforma, Sila degüella a sus compatriotas, y Tiberio, sombrío como la noche y depravado como el crimen, divide su tiempo entre la concupiscencia y la matanza. Por un Cincinato hubo cien Caracallas. Por un Trajano cien Calígulas, y por un Vespasiano cien Claudios. Este pueblo ha dado para todo, menos para la causa de la humanidad,

Mesalinas corrompidas, Agripinas sin entrañas, grandes historiadores, naturalistas insignes, guerreros ilustres, procónsules rapaces, sibaritas desenfrenados, aquilatadas virtudes y crímenes groseros. Pero para la emancipación del espíritu humano, para la extirpación de las preocupaciones y para la perfectibilidad definitiva de su razón, bien poco, por no decir nada'."

Y luego, habla aquí el escritor Uribe Angel, que recogió tales palabras de labios del propio don Simón Rodríguez, volviéndose hacia su maestro exclamó: "Juro por el Dios de mis padres, juro por mi honor, juro por la patria, que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma hasta que no haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del gobierno español."

Después de proferir estos inmortales conceptos, Bolívar partió hacia Nápoles, no se sabe si solo o acompañado de Simón Rodríguez. O'Leary cuenta que juntos regresaron a París, y otros historiadores, que lo copian, afirman idéntica cosa.

Larrazával en su *Vida de Bolívar* dice que hubo una separación intempestiva entre ambos y que ésta se produjo en Roma. Lo cierto es que no se volvieron a encontrar por dieciocho años y que en 1824 tenemos nuevas noticias de don Simón Rodríguez, en una carta de Bolívar fechada en Pativilca, Perú, el 19 de enero de ese año. El discípulo se había engrandecido y su fama estaba entonces en el apogeo. Las sutiles lecciones de Simón Rodríguez hallaron en él una generosa disposición de espíritu para transformarlas en acción formidable en un suelo propicio a la liberación. Rodríguez volvió a la soledad, y el misterio lo envuelve otra vez por una etapa apenas conocida de sus errancias. Vive en Alemania y en Holanda y se cree que también tornó a asociarse con el químico alemán que abandonó en París, cuando se decidió a acompañar a Bolívar en su provechoso viaje a Italia.

### III. EL PEDAGOGO PEREGRINO.

Don Simón Rodríguez volvió a América después de haber recorrido varios países de Europa, y lo sorprendemos en Bogotá en 1823. El libertador, su discípulo, se hallaba en Pativilca, en el Perú, desde donde escribió una apasionada carta, con fecha 19 de enero de 1824, a su viejo inspirador. Le decía, entre otras cosas, las siguientes: "¡Oh, mi Maestro!, ¡oh, mi amigo!, ¡oh, mi Robinson, usted en Colombia! Usted en Bogotá, y nada me ha dicho, nada me ha escrito. Sin duda es usted el hombre más extraordinario del mundo; podría usted merecer otros epítetos, pero no quiero darlos por no

ran del matrimonio una especulación para asegurar su subsistencia." Además, encontraba que si en parte la incomprensión del mariscal Sucre dificultaba las experimentaciones en rudas y primitivas psicologías infantiles, el egoísmo de las clases ricas, interesadas en mantener a la población en esclavitud feudal, hacía el resto de la acción, enderezada a demoler su paciente obra. "No se niegue —decía— que algunos habrían perdido con la mudanza. Los burros, los bueyes, las ovejas y las gallinas pertenecerían a sus dueños; de la gente nueva no se sacarían pongos para la cocina, ni cholas para llevar las alfombras detrás de las señoras; al entrar a las ciudades no se dejarían agarrar por el pescuezo (a falta de camisa) por orden de los asistentes, para limpiar las caballerizas de los oficiales, ni a barrer plazas, ni a matar perros, aunque fuesen artesanos; los caballeros de las ciudades no encargarían indiecitos a los curas, y como no vendrían, los arrieros no los venderían en los caminos. Lo demás lo saben los hacendados."

Cree el historiador boliviano Guillermo Francovich que las ideas del revolucionario Saint-Simon, trasplantadas al suelo de Chuquisaca por Simón Rodríguez, dejaron posteriormente un impacto considerable en la demagogia aplebeyada del popularísimo Presidente general Manuel Isidoro Belzu.

Sucre escribió a Bolívar, expresando su descontento por las audacias mentales de don Simón. Se echó encima éste la opinión del clero, rústico y retrógrado como en ninguna otra parte de América, se distanció de las llamadas clases pudientes, y trató a muchas personas "de ignorantes y brutos, lo cual desagradó, como era natural, a aquellas gentes; pero lo que más alarma causó, fue que dijo que o él había de poder poco, o que antes de seis años él destruiría en Bolivia la religión de Jesucristo". También el Gran Mariscal recogió el rumor de que don Simón debía dinero a varias personas de lo que le dieron para los gastos de sus pupilos, y que reunió en su casa "holgazanes y mujeres perdidas".

Más tarde, Rodríguez decía que dos ensayos llevaba hechos en América y que "nadie ha traslucido el espíritu de mi plan". "En Bogotá hice algo —agregaba— y apenas me entendieron; en Chuquisaca hice más y me entendieron menos; al verme recoger niños pobres, unos piensan que mi intención es hacerme llevar al cielo por los huérfanos... y otros, que conspiro a desmoralizarlos para que me acompañen al infierno." Gastó sus sueldos y quedó tan pobre como antes el socrático y calumniado pedagogo. En Cochabamba quiso cimentar una fundación parecida a la de Chuquisaca, pero el prefecto deshizo lo que él comenzó. Dio cuanto tenía, vendió sus libros y su

plata labrada, y hasta se deshizo de la ropa más decente. Las deudas lo cercaban y creyó conveniente dirigirse a Lima, en persecución de vientos más propicios al espíritu. Se detuvo en Oruro cuando se le concluyó el dinero del viaje, y para colmar sus infortunios lo demandaron por doscientos pesos. Mientras tanto, el coronel Althaus lo llamaba a Arequipa y le ofrecía el empleo que deseara en servicio de la República. También lo alcanzó una invitación a México, para extender allí el área de sus escuelas experimentales. Después de escribir bastante y recoger sus juicios sobre Bolívar en un libro intitulado *El Libertador del Mediodía de América y sus compañeros de armas, defendidos por un amigo de la causa social*, que publicó en Chuquisaca en 1828, lo vemos arribar a Arequipa en septiembre de 1829. Para subsistir se dedicó a comerciante e industrial. Una fábrica de velas, que pronto resucitó en Chile, era la modestísima fuente de ingresos que poseyó antes de volver de nuevo a la enseñanza y de alcanzar a nuestro suelo, donde su memoria todavía no se ha olvidado.

#### IV. DON SIMON RODRIGUEZ EN CHILE.

Después de solicitar una licencia en las faenas pedagógicas de Arequipa, don Simón Rodríguez se instaló en el puerto de Huacho, luego de pasar una breve temporada en Lima. Combinando su erudición y diversos arbitrios, se ganó la vida con modestia hasta ser llamado a Chile por don José Antonio Alemparte, intendente de Concepción, para encargarse de un colegio en la ciudad del Bío Bío. Esto ocurría en 1834, y el Maestro del Libertador tenía sesenta y tres años.

“Llegó a Concepción —escribe don Pedro S. Cruzat a don Benjamín Vicuña Mackenna—, y habiéndose hecho cargo del estado de la enseñanza, persuadió al intendente de que abandonara la idea de hacerlo rector del colegio y lo dejara consagrarse a la instrucción primaria. Se le asignó una renta de mil pesos, que no le bastaba para vivir pobremente, pues de todo carecía, y aun dejó empeñado su crédito cuando se retiró de Concepción.”

Don Simón, a pesar de que ahorró mucho dinero en Europa, nunca se administró a cabalidad y dispersó sus haberes en diversas fantasías. Ni como editor, ni como fabricante de velas, ni como institutor, alcanzó a tener grandes economías, y la afición a vagabundear le impidió ser hombre próspero. Cuando ya iniciaba sus reformas en Concepción, lo sorprendió una catástrofe: el terremoto de 1835, que pulverizó la nascente obra. Esta tenía caracteres curiosos, como todo lo que tocaron sus manos. Aderezó su escuela y la hizo

limpia y relativamente amable, con un salón amplísimo, lleno de escritorios cómodos para los pupilos. Le puso tableros y repartió útiles destinados al ejercicio de la lectura, de la escritura y de las matemáticas. Después del sismo del 20 de febrero de 1835, instaló sus faenas en la modesta vivienda en que moraba, y posiblemente con escaso éxito se empeñó en desasnar a sus contados clientes.

Alemparte cuenta que daba sus lecciones demostrando con cuadros sinópticos el carácter práctico de las mismas, que fue un anticipo de muchas tendencias pedagógicas actuales. Eran cuatro los que aplicaba a cualquier estudio: el primer cuadro, *fisionómico*, que da nociones; el segundo, *fisiográfico*, que da conocimientos; el tercero, *fisiológico*, que da ciencia; y el cuarto, *económico*, que da filosofía.

La rutina de los padres de familia y de otros monitores, como entonces llamaban a ciertos profesores particulares, se estrelló con el audaz y descarado discípulo de Rousseau, quien no vacilaba en desnudarse para explicar en su propio cuerpo la fisiología. También prohibía el uso de textos, y los ejercicios prácticos substituían a innecesarias y pesadas nomenclaturas. Su idea fija era la propagación de las luces y las virtudes sociales en una época saturada del recio peluconismo portalino. Siempre don Simón tuvo un destello robinsoniano en su espíritu y no logró consolidar su sueño de una isla pedagógica en que niños de ambos sexos, apartados de los peligros de la civilización, vivieran segregados de los prejuicios rutinarios del ambiente. Nadie en Chile podía entonces considerar tales ímpetus reformistas como otra cosa que la expresión de una locura extravagante.

El hambre asedió aquí a Simón Rodríguez, como en otros países, y en una carta de 1836 le dice a su amigo Pradel: "No tengo a quién recurrir sino a usted. Necesito azúcar, arroz, pan, una botella de aguardiente y otra de vino generoso. En mi convalecencia, mi primera salida será para ir a ver a usted y pasar algunos días despejándome en su compañía: mucho tengo que comunicarle para que vea hasta dónde me persigue la suerte".

En 1838 continúa obsesionado por el deseo de tornar a Europa. Creía que su vida no tenía sentido y que nadie lo comprendía. Pasaba recordando sus errancias por cortes y calles del Viejo Mundo, y lo confortaba la memoria de Bolívar, al cual traspasó su dinamismo en un momento de comunicación hipnótica.

Estuvo en Santiago y también se radicó en un pobrísimo cerro de Valparaíso. En la capital de Chile frecuentó la tertulia de su paisano, don Andrés Bello, pedagogo de más suerte y de juicio más burgués, que celebraba, sin embargo, las ocurrencias y genialidades del

peregrino compatriota. Don José Victorino Lastarria ha dejado una instantánea maestra en los *Recuerdos Literarios* de ese contacto de dos grandes personalidades que contribuyeron a la vocación del Libertador. "Una noche, dice Lastarria, estaban ambos solos en la casa de aquél (Bello), después de haber comido juntos. El espacioso salón estaba iluminado por dos altas lámparas de aceite, y en un extremo, en el sillón más inmediato a una mesa de arrimo, en que había una lámpara, estaba el señor Bello con el brazo derecho sobre el mármol, como para sostenerse, y su cabeza inclinada sobre la mano izquierda, como llorando. Don Simón estaba de pie, con un aspecto impasible, casi severo. Vestía chaqueta y pantalón de *nanking* azulado, como el que usaban entonces los artesanos, pero ya muy desvaído por el uso. Era un viejo enjuto, transparente, de cara angulosa y venerable, mirada osada e inteligente, cabeza calva y de ancha frente. El viejo hablaba en ese momento con voz entera y agradable. Describía el banquete que él había dado en La Paz al vencedor de Ayacucho y a todo su Estado Mayor, empleando una vajilla abigarrada, en que por fuentes aparecía una colección de orinales de loza nuevos y arrendados al efecto en una locería. Esta narración, hecha con la seriedad que da una limpia conciencia, era la que había excitado la hilaridad, poco común, del señor Bello, y le hacía aparecer con la trepidación del que llora. La narración, hecha con el énfasis y aquellas entonaciones elegantes que el reformador enseñaba a pintar en la escritura, daban a la anécdota un interés eminentemente cómico, que había sacado de sus casillas al venerable maestro". (*Recuerdos Literarios*, 2ª edición, págs. 48-49).

En 1839 se encuentran referencias de la vida de Simón Rodríguez en Valparaíso, donde se asoció con don José Dámaso Aguayo, para fabricar velas. A la vez dirigía una escuela de escasa población estudiantil en el barrio popular de La Rinconada. Sobre una destaralada puerta leían los que por allí pasaban, con estupor irónico, una inscripción que resumía el carácter de don Simón. El letrero era el siguiente: "*Luces y virtudes americanas*, esto es, velas de sebo, paciencia, jabón, resignación, cola fuerte, amor al trabajo".

Cuando arribó a Chile el humanista Luis Antonio Vendel Heyl, antiguo profesor del Colegio Luis el Grande de París, y después catedrático de latín y griego en el Instituto Nacional de Santiago, se interesó por conocer al caraqueño, a raíz de haber leído en un escrito suyo este pensamiento saintsimoniano: "Fin de la sociabilidad: hacer menos penosa la vida." Un encuentro accidental se convirtió en amistad perdurable: Vendel Heyl venía a Chile de paso, embarcado en la fragata "La Oriental", pero cuando ésta naufragó a los pocos

instantes de abandonar la rada de Valparaíso, tuvo que pensar seriamente en instalarse en nuestra patria. Cuando Rodríguez, que ya estaba vinculado al ilustre forastero, tuvo noticias del accidente marítimo, acudió, con sus discípulos, a las orillas del mar, a fin de ayudar al salvamento. También ofreció su miserable vivienda como sitio de transitorio hospedaje al infortunado Vendel Heyl. Después platicaron largamente y surgió en Vendel Heyl la iniciativa de asociarse con don Simón en la organización de un nuevo establecimiento escolar. Don Simón rechazó el proyecto y con rara franqueza le dijo a su amigo que se encontraba desprestigiado ante los chilenos, y no quería perjudicar al candidato a socio. En estas conversaciones, preservadas para la posteridad, surgen muy nitidos los rasgos inconfundibles de Rodríguez. "Yo que he deseado hacer de la tierra un paraíso para todos —le expresaba a Vendel Heyl—, la convierto en un infierno para mí." "Pero, ¿qué quiere usted? —añadía con ironía—. La libertad me es más querida que el bienestar. He encontrado, entretanto, el medio de recobrar mi independencia y de continuar *alumbrando* a la América. Voy a fabricar velas. La profesión de velero es más noble de lo que a primera vista podría parecer. En el siglo de las *luces*, ¿qué ocupación puede haber más honrosa que la de fabricarlas y venderlas?"

El Almendral, reanimado en su historia por la pluma sagaz de Joaquín Edwards Bello, fue el teatro de las miserias, de las iniciativas comerciales y de los nuevos fracasos de Simón Rodríguez. En el diario de Vendel Heyl se describe el acceso a la Plaza de Orrego, desde la cual se ascendía al nido de águilas pedagógico en que escondía sus rarezas el caraqueño caminante, hermano gemelo de don Antonio José de Irisarri, su contemporáneo, que se bautizó a sí mismo *El cristiano errante*. "Hallábase, dice en su relación Vendel Heyl, en medio de sus alumnos, a quienes daba, si no me engaño, una lección de matemáticas. Luego que supo que yo quería hablarle, me hizo atravesar de nuevo el patio por donde había entrado, y después de haberme llevado a su cocina, adonde necesitaba pasar para encender un cigarro, me introdujo a lo que llamaba su gabinete. Era éste un aposento en el cual no había más muebles que un aparador, una mesa y dos sillas.

"Encima del aparador se distinguían algunos diarios y algunos pliegos de papel que estaban atestiguando que el dueño de casa era un escritor y que trabajaba. Por aquí y por allí había algunos libros, pero no se veía nada que semejara a una librería, aunque fuera pequeña."

Rodríguez, en su período mejor de Valparaíso, alcanzó a tener cincuenta alumnos, entre ellos, seis costeados por el municipio. Pero en el momento en que se encontró con Vendel Heyl sólo daba sus lecciones a unos dieciocho. No tenía la suerte de hallar suscriptores para sus opúsculos filosófico-políticos, ni encontraba a ningún editor. Su descrédito y abandono aumentaron por su unión libre con una india, de la cual tuvo dos hijos, a los cuales quería y que regocijaban su ancianidad como si los hubiera engendrado en una europea *pur sang*. Si el mundo lo desdeñaba, él, a su vez, despreciaba al mundo y se metía en su caparazón de escepticismo pirroniano. Cuenta Vicuña Mackenna que bautizó a estos hijos con los nombres de Choclo y de Tulipán, porque sin duda se dijo: si hubo una Rosa que fue santa, ¿por qué no ha de haber un San Choclo? Lo concreto es que don Simón salió de Chile, pobre, viejo y desengañado de la incompreensión del medio, y lo volvemos a encontrar, en la etapa final de sus vagabundeos americanistas, residiendo en la ciudad de Lima, donde publica un opúsculo intitulado *Crítica de las providencias del Gobierno*, en 1843. La manía de escribir lo acompañó hasta su muerte.

#### V. ULTIMOS AÑOS DE DON SIMON RODRIGUEZ.

En Lima, al salir de Chile, don Simón Rodríguez emprendió la tarea de editar, por cuadernos, su libro *Sociedades americanas en 1828*. Según dice en la nota inicial de la única entrega que alcanzó a publicar, "el pródromo de esta obra se imprimió en Arequipa, el año 28; la introducción al *Tratado de las luces y virtudes sociales*, se imprimió en Concepción de Chile, el año 34, la misma introducción, con adiciones, se reimprimió en Valparaíso, el año 40; ahora se reimprimen el pródromo y la introducción (por haberse agotado los ejemplares), y se emprende la edición de toda la obra, en Lima, el año 42".

En 1844, encontramos a Simón Rodríguez instalado en la ciudad de Latacunga, en el Ecuador, donde obtiene un puesto de profesor de botánica y agricultura en el Colegio de San Vicente, que regentaba el sacerdote colombiano doctor Rafael María Vásquez. El Maestro del Libertador aseguraba a sus íntimos que en Rusia había profundizado las materias que enseñó en Latacunga. Su actividad fue, como en pasadas etapas de su larga vida, extensa y fructífera: estableció una fábrica de pólvora y escribió un folleto sobre la elaboración de ese explosivo, en el cual analiza también la educación popular.

Pronto parte a Quito, en cuyo retrasado medio quiere sustentarse con la fabricación de velas, tal como lo hizo antes en Valparaiso. Aconsejó al Gobierno, anticipándose a proyectos actuales, la colonización del oriente del Ecuador con sólo muchachos. Todo esto pareció a las autoridades una utopía que se hallaba destinada a fracasar. La inquietud que devoraba a don Simón lo empujó presto a partir a Colombia, en cuyo suelo pasó una breve temporada y logró que lo designaran director de una escuela en Tuquerres.

Pronto retornó al Ecuador, y en la ciudad de Ibarra echó las bases de una sociedad de socorros mutuos. En 1850 vuelve a residir en Quito. En la capital ecuatoriana se hizo amigo del sacerdote colombiano doctor Pedro Antonio Torres, que fue capellán e íntimo camarada de Bolívar. Don Simón se contó pronto entre los asiduos visitantes de la tertulia del doctor Torres. Ahí lo conoció el escritor antioqueño Manuel Uribe Angel, que ha dejado noticias magníficas sobre las andanzas del errante caraqueño.

Ya el destino lo tenía vencido; estaba viejo y pobre, pero no se entregaba a un desaliento absoluto, que no cabía en su poderoso espíritu. Quiso volver al Perú e hizo el camino desde Quito a Piura y luego hasta Paíta, donde Manuela Sáenz, la amante de Bolívar, languidecía en un otoño todavía sazonado por el fuego tropical de su temperamento. La imaginación tiene que reconstruir los diálogos admirables entre el émulo de Rousseau y la abnegada Manuelita, que vivía en una silla de ruedas, "con la majestad de una Reina sobre su trono", como apunta picarescamente Ricardo Palma. Los dos actores de la gesta bolivariana se hallaban cargados con el fardo de los desencantos, pero la quiteña atendió y curó al maestro del hombre que conquistó su amor en plena juventud, y que llegaba enfermo hasta su retiro.

Todavía tuvo valor don Simón para encaramarse por última vez a los Andes y vagabundó a los ochenta años por Trujillo, Lima, Arequipa y Puno, en las orillas del lago Titicaca. En Azángaro, capital de la provincia de ese nombre, fundada sobre los restos de una antigua población, montó Rodríguez un tenducho en que vendía velas.

El viajero francés monsieur Paul Marcoy lo visitó en ese agreste retiro y dejó una descripción de su despacho. Sorprendió al forastero el conocimiento de idiomas extranjeros que tenía don Simón. Al lado de la venta existía una lúgubre habitación que servía de cocina, laboratorio y alcoba. Una miserable india era la única compañera del filósofo transformado en bolichero.

Poco tiempo después del encuentro con Marcoy, el infatigable peregrino presintió la muerte y se acogió al clima suave de Paíta, donde Manuelita Sáenz lo aguardaba para proseguir las interrumpidas pláticas salpicadas de añoranzas gloriosas.

García Moreno, desterrado por el general Urbina, se refugió en Paíta, punto cercano a las fronteras de su patria, desde el cual podía seguir las oscilaciones de la política interna y acechar una oportunidad favorable a sus designios ambiciosos. Sabedor de que el gran venezolano se hallaba moribundo en Amotape, el futuro dictador ecuatoriano levantó una suscripción entre los amigos de Paíta, la que alcanzó a tres onzas de oro. Don Simón pasó sus últimos días moviéndose entre Paíta y Amotape, alcanzando hasta Tumbes, en la frontera misma del Ecuador.

Diversas personas caritativas ayudaron a paliar la miseria tremenda del agonizante, y conocemos el detalle de las piadosas suscripciones, entre las cuales se destaca la encabezada por García Moreno. El 28 de febrero de 1854 murió don Simón Rodríguez, después de confesarse "con entero conocimiento" y declarar que fue casado dos veces y que era hijo de Caracas y la última mujer finada se llamó Manuela Gómez, hija de Bolivia. Dejó un hijo llamado José Rodríguez, y sus valiosos escritos corrieron mala suerte. Los manuscritos de un libro se perdieron en un incendio y sus papeles, que anduvieron rodando de un sitio a otro, fueron a parar, en Guayaquil, a manos del doctor Alcides Destruge. El y su hijo don Camilo los guardaron con piadoso cuidado, pero cuando los iban a editar, bajo el patrocinio del gobierno ecuatoriano, se destruyeron en el incendio que asoló a la ciudad del Guayas, en octubre de 1896. Ahora el gobierno de Venezuela va a publicar las obras dispersas que alcanzó a editar en sus errantes empresas el excéntrico escritor que ha despertado la curiosidad biográfica de Fabio Lozano y Lozano y de J. A. Cova.

Rodríguez tuvo adversa estrella hasta después de muerto. Cerca de diez escritores, que se copiaron mutuamente, han afirmado que murió en el puerto de Huaymas, que no existe. Otros dijeron que terminó su existencia peregrina en la ciudad de Huaylas. También se dijo que lo enterraron en una posada cerca de Piura, y no faltó quien expresara que entregó su alma a Dios en La Huaca.

Amotape es un pueblo que hemos visitado y se encuentra al lado del río la Chira. La población está fundada sobre un terreno elevado de la banda derecha del río. En las chacras comarcanas abundan los productos tropicales, como maíz, yucas, camotes, frijoles, caña, algodón, mangos, mameyes, raquílicas parras, anacardios y cocos.

Raimondi dice en su libro *El Perú* (tomo 1), que el nombre de Amotape es conocido por la brea que se saca a poca distancia. Esta materia se encuentra en unos cerros a siete leguas de la población.

En diciembre de 1924, con motivo de la celebración del centenario de la batalla de Ayacucho, el Presidente Leguía hizo honrar al Maestro del Libertador, disponiendo que sus restos fueran trasladados al Panteón de los Próceres. El panteón se halla ubicado en la hermosa iglesia colonial de San Carlos, anexa a la Universidad de San Marcos de Lima. Allí se cavó una cripta, rodeada de un sencillo antepecho: una imitación minúscula de la *Confesión de San Pedro* en Roma. La suntuosidad con que se magnificó el definitivo entierro de don Simón fue característico de nuestra idiosincrasia criolla. Banderas enlutadas, cañonazos a destajo, imponentes exequias fueron parte de la escenografía montada por el progresista dictador del Perú al que siempre fuera enemigo de todo despotismo terreno. El presidente del Perú, el de Bolivia, un ex presidente del Ecuador, los generales Pershing y Justo, aparte de numerosos embajadores, rindieron homenaje al eximio escritor. Ahora reposa para siempre en la ciudad que vio naufragar sus ensueños editoriales en 1842.

Cada cierto tiempo se renueva el viejo debate de la función de la crítica, y los escritores noveles niegan su utilidad o desconocen su papel. Los blandos tiempos que corren han hecho olvidar que la corrección de los excesos juveniles o de los extravíos del gusto no deben confundirse con la senilidad o el anquilosamiento. Clarín decía en 1891: "Algunos críticos benévolos creen que el colmo del buen gusto es hacerse de miel". Y agregaba: "Una de las mayores amarguras del crítico es tener que estar muchas veces de acuerdo con los envidiosos". Esto no hay que olvidarlo ante los que atribuyen a la crítica funciones de resentimiento y se solazan en su propia mediocridad. El impresionismo de muchos críticos modernos los ha hecho confundirse con el objeto criticado, a través de una generosidad falsa, de un espíritu de concesión que corresponde a otros aspectos del benévolo criterio contemporáneo.

Hay una crítica vasta y honda, que cala con precisión en los fenómenos estéticos y suscita comparaciones y estímulos, que hacen brotar finísimas sugerencias. No puede prescindir de las ideas universales, de las categorías, de los conceptos generales. Esta es la crítica que preferimos, y que admiramos, pero a la cual no se llega sino después de una peregrinación lenta y trabajosa. Pero abunda, también, por desgracia, la crítica de museo, de arqueología, que no se nutre con las cosas vistas o sentidas, sino que se alimenta con el polvo de los osarios y con el recuerdo de las fórmulas muertas.

Hay un tercer género de crítica, que un escritor español llama la crítica menor, y cuyo agrado reside en la sencillez y en la minuciosidad de sus recursos, en la acción que desarrolla frente al lector y en una labor análoga a la del *cicerone* en los museos. Nos provoca el interés, y nos ayuda en la amplificación de ciertos detalles que

\* Revista *Zig-Zag*, Santiago de Chile, N° 2.063, 6 de octubre de 1944; pág. 38.

pasan inadvertidos al que no posee el ojo acostumbrado a las comparaciones y a los matices primorosos.

La comparación y el análisis son los instrumentos principales del crítico, decía Rémy de Gourmont. Y glosando estas palabras, añade T. S. Eliot las siguientes: "Es evidente, por cierto, que *son* instrumentos, para ser manejados con cuidado, y no empleados en una investigación sobre el número de veces que las jirafas son mencionadas en la literatura inglesa".

Se ha reprochado a ciertos críticos la arbitrariedad de sus juicios, y se ha relacionado este concepto con el de una blanda tolerancia. ¿Cuándo comienza y cuándo termina la arbitrariedad de un crítico? Los más grandes analistas de la literatura fueron arbitrarios, y no dejaron de incurrir en lo arbitrario nombres tan macizos en la crítica universal como Sainte-Beuve, Clarín y Menéndez y Pelayo. Clarín desconoció muchas cualidades a doña Emilia Pardo Bazán, pero no por esto dejó de ser un gran artista, que no sólo realizó el magisterio crítico, sino que escribió novelas y cuentos de primer orden, como *La regenta* y *El gallo de Sócrates*. Pero se irritaba con la sapiencia suficiente y abachillerada de doña Emilia, como más tarde Ortega y Gasset reaccionaba contra la poesía amorosa de la condesa De Noailles. Llegó a decir éste: "La voluptuosidad femenina es acaso, de todas las humanas impresiones, la que más próxima nos parece a la existencia botánica". Y, sin embargo, es magistral lo que dice Ortega de la más poética de las condesas, y de la más condesa de las poetisas. A través de su aparente arbitrariedad enjuició, como él sabe hacerlo, el punto ingrato de si es posible conciliar la genialidad poética con la monotonía del eterno femenino. En Chile habría sido imposible realizar algo semejante con Gabriela Mistral sin incurrir pronto en la ira colectiva de las poetisas que se alimentan de sus despojos metafóricos.

La arbitrariedad consiste, a nuestro modo de ver, en un estímulo intelectual que no debe ni puede confundirse con la mala fe, el enojo o la tortuosa flor amarilla de la envidia. Si el crítico interpreta a todo el mundo, al hombre de la calle, al palurdo y al poeta, deja de ser un representante de un criterio propio o de una modalidad íntima, y se convierte en algo subalterno.

De ahí que cierta dosis de arbitrariedad en la crítica no puede provocar reacciones biliosas y, por el contrario, nos parece un signo de vitalidad intelectual. Por lo que toca a nosotros, hemos leído juicios tan contradictorios y diversos acerca de nuestras cualidades, que, a la postre, nos confortamos con ello. Pero, al mismo tiempo, nos parece un error polemizar con los críticos si éstos no descubren

bellezas ignoradas o diamantes al por mayor en las producciones de los genios e ingenios criollos. La historia de la crítica es la historia de la evolución de los gustos y de las preferencias. Don Marcelino Menéndez y Pelayo no entendió bien a Góngora, y en nuestro tiempo la exégesis crítica se ha sutilizado a través de las laderas magníficamente florecidas de su poética singular y alquitarada. Pero, lo que es más grave, se ha observado que Sainte-Beuve no entendió o no quiso entender a Balzac, y lo puso atrás de mediocridades que hoy nadie recuerda. A través de la evolución del gusto, del retorno a ideas y a tendencias que parecían abolidas, no hacemos otra cosa que comprobar la relatividad de todos los dogmas y el constante fluir de las corrientes literarias. Pero, sin embargo, hubo un tiempo en que se creyó que la crítica enseñaba y corregía, lo que hoy parece una ridícula paradoja. Son pocos los autores que ahora reconocen sus defectos, y muy raros los artistas que rectifican o enmiendan sus yerros. Antiguamente quizá era más ardua la profesión intelectual, y se exigían calidades más positivas a los principiantes. Ahora éstos no quieren o no pueden pasar por las severas faenas de la iniciación o por el aprendizaje lento y disciplinado, que constituye el programa de todo verdadero escritor.

Algunos literatos niegan rotundamente a la crítica y predicán la supresión del género por su inutilidad. Esto, también, es muy viejo, y se planteó en la época en que Leopoldo Alas corregía, con acierto e inteligencia, el rumbo mediocre de la literatura española del último decenio del siglo XIX. Siempre podrá señalarse que se equivocó este o el otro crítico; pero no cabe repetir: hay que acabar con la crítica, es decir, crítica que ajuste preceptos o reglas a resultados artísticos, como la definió el autor de *Paliques*. Aceptado semejante principio para regular las relaciones literarias, no hay ningún inconveniente en reconocer la ventaja de la pluralidad de los métodos críticos, ya que será imposible meter en un solo cesto a los que la ejercen. Investigar hasta qué punto la influencia del público mejora o pervierte el gusto, será siempre función valiosa y que demanda una vocación valerosa. Escrutar las ideas y sentimientos que concurren a la realización de las obras intelectuales resultará, a la postre, más provechoso que vegetar en la medianía y sin estímulos que agiten al ambiente cultural de un país, cuyo Estado no entiende su misión en ese aspecto o aumenta la perversión colectiva con organismos burocráticos que pretenden dirigir todas las artes. Profundizar en la influencia del medio social en el rumbo de una literatura constituirá, en todo tiempo, un poderoso elemento para escudriñar en los factores morales y psicológicos que

ániman a la producción escrita. La crítica que no sea concebida como factor de creación y que no esté apoyada en la sensibilidad, es la que habría que desterrar de la república literaria. Pero, por desgracia, ella abunda en todos los tiempos, y todavía se alimenta con la necrofilia y con los residuos de los procedimientos hermosillescios que tan en boga estuvieron en el siglo pasado. El que no sea capaz de crear a medida que lee lo ajeno, nunca deberá dedicarse a ejercer la crítica.

Algunos esgrimen contra la crítica el argumento de que es oficio de fracasados que no pudieron concebir y realizar obra artística de ningún género.

En muchos de los críticos, sin embargo, convive la creación en otros campos literarios y el análisis de la obra ajena.

La crítica tiene todavía vastas posibilidades y dista mucho de encontrarse agotada. Ni en España ni en nuestro país se ha hecho todavía su historia, y, a través de ella, de las corrientes estéticas y de las modas imperantes a lo largo del tiempo. Cuando tal cosa se realice, estaremos más cerca de reconocer lo positivo de su influencia, por encima de sus errores y desaciertos, obrados por la pasión o el partidarismo.

MI VIDA LITERARIA Y COMO HE VISTO EL DESARROLLO  
DE LAS LETRAS CHILENAS CONTEMPORANEAS

*Discurso de incorporación a la  
Academia Chilena de la Lengua \**

Señores académicos:

Fue costumbre generalizada en los días lejanos de mi acometiva juventud considerar a las academias recintos hostiles a las nuevas ideas, donde se marchitaban las gentes entre fastidiosos ejercicios retóricos y bizantinas disputas gramaticales.

Sin embargo, junto con desmonetizarse los agresivos empujes de la adolescencia y mirarse el mundo con mayor serenidad, se va sedimentando el espíritu y considerando con más equidad la obra de las generaciones pasadas y su acción morigeradora y benéfica sobre los desbordes de rebeldía de las promociones novatas.

Así se perfilan con más nitidez también el papel y la categoría de la Academia Chilena de la Lengua, tan vinculada a la historia nacional y al desarrollo de su cultura, desde su establecimiento en 1885 hasta nuestros días.

Instituciones como ésta realizan una labor perdurable, de enriquecimiento lingüístico y de convivencia pacífica entre hombres de pensamiento diverso. Nada más noble, pues, que integrarse al seno fructuoso de una corporación que consolida a diario y ensancha el acervo intelectual del pasado con las experiencias de un tiempo borrascoso y oprimido por la angustia, pero que todavía ofrece espacio fecundo para el diálogo.

El honor de pertenecer a la Academia Chilena de la Lengua debo agradecerlo del modo más vivo; no sólo es un premio conce-

\* Pronunciado en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, el 14 de diciembre de 1956. Publicado en el *Boletín del Instituto de Literatura Chilena*, Santiago, año IV, N° 10, julio de 1965; págs. 36-47.

dido a una modesta e incansable existencia de escritor; es el incentivo que el hombre de letras obtiene al saber que no está solitario, sino acompañado de innumerables voces amigas y colaborando en un esfuerzo colectivo para mantener y acrecentar el legado de otras generaciones más austeras.

Yo he querido, en esta oportunidad, salirme algo del molde usado en los discursos de incorporación a tan docto instituto, amparado por la sombra tutelar de Andrés Bello, y no siendo autoridad filológica o idiomática, como otros colegas, me limitaré a narrar una sencilla historia: la de mi experiencia intelectual.

Pienso desde ahora que la suspicacia de algún oyente puede estimar que la presunción personal inspira mis palabras, pero al que así razonare le dirigiré las frases de Pío Baroja en un trance parecido: "No creo que la tendencia a lo autobiográfico indique siempre vanidad o egolatría".

Desde muy pequeño tuve interés o curiosidad por el papel impreso. Me crié en una casa donde existían innumerables libros, amontonados en todas partes y cubriendo hasta los rincones. Aprendí a leer solo, con un método inglés, que consistía en un conjunto de bloques. Estos ayudaban a construir palabras y soltaban pronto las riendas de la imaginación. La escritura llegó de idéntico modo, sin que más tarde pudiera absorber la caligrafía de un diligente maestro, como fue don Ramón A. Laval, amigo de los niños y sabio *facedor* de historias que recogía del pueblo. Don Ramón fue uno de mis primeros maestros, pero viendo su fracaso en componer mi letra, se consagró a corregir la ortografía, a provocarme espanto hacia los galicismos vitandos y a enmendarme las construcciones gramaticales. Tenía una inagotable paciencia, una bondad sin límites y un corazón generoso. Sus enmiendas a mis cuadernos infantiles fueron insensiblemente aficionándome al empleo de un castellano castizo y a la lectura de autores clásicos. Pero quien me empujó por esta senda propicia a los agrados espirituales fue el prebendado don Manuel Antonio Román, autor del *Diccionario de Chilanismos*, que conocía como nadie aquí a los autores castellanos y exageraba amablemente su actitud crítica frente a la pobreza del léxico que se emplea entre nosotros al escribir.

En general, se pensaba entonces por todos estos lexicógrafos que el galicismo era una dolencia de la cual había que curar al castellano. Esta manía purista llegó en algunos preceptistas hasta extremos de escrupulosidad muy pintorescos.

La educación pública y privada de mi época entrañaba defectos bastante serios que el tiempo no corrigió, pero entonces se atendía

mejor a la formación del hombre y del ciudadano. La mayoría de los individuos que escribían recibieron una instrucción fragmentaria y desordenada, y aún los que pasaron por institutos superiores y universidades no tuvieron oportunidad suficiente para familiarizarse con el uso adecuado del español.

Quienes no han frecuentado con método a los grandes prosistas de nuestra lengua; quienes no logran una rigurosa y firme preparación en lengua y literatura castellanas, si se consagran a escribir, y no poseen el instinto del idioma, al traducir se dejan influir coarptoramente por el habla que están manejando.

Muchos de los barbarismos y extranjerismos que desfiguran el castellano familiar han circulado antes por la prensa, la radio y las malas traducciones que llegan de Buenos Aires y otros lugares. Algunos de los execrables podrían alejarse estudiando nuestro idioma. Otros, los que simbolizan realidades nuevas o voces indispensables al progreso de la técnica, la ciencia y la filosofía, son necesarios y útiles.

El denominado espíritu democrático, que nadie rechaza entre nosotros, es hoy, para mucha gente, un simple propósito de nivelación y de gregarismo, que daña las buenas maneras y contribuye a la chabacanería de las costumbres.

Cuando yo estudiaba en diversos colegios, existía en el país un conjunto de hombres sabios y eficientes que con su ejemplo viril y su pobreza daban la medida ascética de una sociedad que se contentaba todavía con sus propios recursos.

Uno miraba en torno y siempre descubría un modelo satisfactorio, un punto de comparación que curaba en salud y detenía con oportunidad las innobles ambiciones.

No creo que sea verdadero aquello de que todo tiempo pasado fue mejor; pero hemos crecido mucho desde esos días que reseño. Lo que ocurre es que antes los defectos se hallaban más a la vista, y los mejores surgían en contraste más riguroso con otros, también dispuestos a luchar con buenas armas y sometidos a competencias razonables. En la actualidad, el empeño político, la recomendación, y toda clase de influencias, se mueven en la sombra y tratan de socavar la justicia y la equidad que deben imperar en las relaciones sociales.

Cuando estudiaba en el Instituto de Humanidades, que regentaba un prebendado mundano y aristocrático, don Luis Campino, recibí algunas experiencias escolares dignas de narrarse. A los alumnos flojos se les aplicaba el *guante*, o sea una forma muy concreta de lo que se encerraba en la sentencia tantas veces recordada: la

letra con sangre entra. Se burlaban estos procedimientos primitivos y algunos, como yo, vertieron su rebeldía en protestas que motivaron visitas de mi padre al rector. También en ese ambiente escolar se me anularon pronto las primeras pretensiones literarias, al ser sometido a crítica burlona por don Luis y el profesor de gramática don Juan Bautista González, bondadoso y sibarítico clérigo, el balbuceante engendro de mi juvenil pluma: un diarucho satírico que sacó su nombre de un instrumento de castigo de la marina inglesa: *El Gato de Siete Colas*. La gramática era administrada por don Juan Bautista, que lo mismo cuidaba de nuestros asedios a las áreas naranjas cultivadas por él en un pequeño huerto contiguo al Instituto o sopesaba con destreza las normas sintácticas de Bello y Cuervo, las leyes ortográficas de Marroquín, el de la fábula de *La perri-lla*, y los demás artilugios destinados a la enseñanza de la lengua castellana.

Yo escondía desde entonces la pequeña ambición de ser algún día escritor. Todo conspiraba en contra de tal despropósito en una sociedad donde el profesionalismo invasor facilitaba los mejores modelos a la juventud.

Así pasaron insensiblemente los años de las humanidades, en colegios prestigiosos, aparte de la oscura sumisión a maestros privados de diversa calidad. Pero hubo uno, entre todos, inolvidable, y al que debo más que a nadie: mi padre.

Era éste un hombre muy difícil de clasificar. Parecía un caballero chapado a la antigua, de gran sobriedad en el comer y en el vestir. Mantuvo su agilidad física hasta los setenta años. Introdujo con otros ingleses el fútbol en Santiago, cuando era profesor en el Colegio Inglés. Aventurero y soñador, ocultaba una psicología complicada bajo exterioridades simples. Residió cinco años entre los indios, en la frontera araucana, y aprendió el mapuche. Después se instaló en La Serena, donde se casó y nacieron cuatro de sus hijos, entre ellos yo. No lo han entendido a fondo los que se han ocupado en su obra, salvo su discípulo Humberto Fuenzalida. Disimulaba su escepticismo con una gran laboriosidad y un exterior cortés y afable. En la intimidad de su hogar no fomentaba mucho las ambiciones de su hijo y lo acostumbó más bien a una autocrítica rigurosa. Era una especie de liberal inglés, de vasta tolerancia con las ideas ajenas y amigo de las contradicciones. No heredó la religiosidad de sus antepasados, pero mantuvo gran amistad con toda suerte de gentes de iglesia. En La Serena frecuentaba la tertulia del obispo Fontecilla y discutía con él los milagros de la Virgen de Andacollo, a la cual consagró un estudio muy valioso desde el punto de vista folk-

lórico. Le gustaba discurrir con calma, sin alterarse nunca, y ofreciendo audiencia a los mayores absurdos científicos o ideológicos. Mi padre solía repetir con gran ironía esta frase, propia o asimilada: "No creo nada de lo que me cuentan y sólo la mitad de lo que veo". Me ayudó bastante a hacerme hombre, a superar las dificultades, a ser modesto, a contentarme con poco, a estudiar siempre sin esperar recompensa, y a servir las causas públicas con desinterés y abnegación. La razón crítica entraba considerablemente en las perspectivas de su espíritu. El sabía también vivir con austeridad y no dejó dinero siquiera para pagar su entierro, el que tuvo que costear la Universidad de Chile, a la que consagró sus desvelos por varios años.

Era un inglés extraño, muy tirado a criollo, que prefería la chicha y el pisco al whisky; un gringo achilenado o un chileno traducido arbitrariamente al idioma de Shakespeare.

Perdió mucho tiempo y su dinero en inverosímiles negocios, y por vivir bastantes años en el norte adquirió la costumbre o el vicio nativo de esperarlo todo de un alcance brusco de las minas.

Cuando se convenció, un poco tarde, de que no tenía pasta de financiero, abandonó sus fantasías y se dedicó con provecho a su verdadera vocación: la ciencia etnológica y la arqueología, en sus postreros años.

También fue maestro, desde sus clases en el Colegio Inglés, en el Liceo de La Serena, hasta su entrada a la Universidad de Chile, donde ocupó el cargo de primer Decano de la Facultad de Bellas Artes. Asistía a las fiestas algo borrascosas de artistas y bohemios, en la Escuela de su Facultad, y se presentó a un baile de disfraces con un pintoresco atuendo de piel roja.

No hay duda de que tenía rasgos excéntricos que desorientaban. Siendo yo muy niño, me regaló un libro y me dijo: "Aquí encontrarás la mejor filosofía para manejarte en la vida". No entendí bien, al principio, lo que significaba esa obra, pero después penetré en su contenido. El obsequio, que todavía conservo, era un ejemplar del *Robinson Crusoe*, de Daniel de Foe, expresión profunda y concreta de la lucha de un hombre contra la naturaleza. No he conocido otra lectura que emblematicé mejor el carácter inglés, pero que, al mismo tiempo, contenga una enseñanza más severa y útil para la auto-transformación.

La gran pasión de mi padre fue la vida y nunca perdió el gusto de acariciarla.

Por eso, las gentes jóvenes lo acompañaron a su entierro y siguieron las lecciones que derramó en su segunda y verdadera patria chilena.

Insensiblemente, a su lado me fui acostumbrando a tratar y frecuentar hombres maduros, de gran sabiduría, que, por lo general, eran inaccesibles para la mayoría de mis compañeros de colegio. Mi casa, aunque modesta, se hallaba siempre abierta a personalidades como don Rodolfo Lenz, don Carlos Porter, don José Toribio Medina, don Valentín Letelier, don Alejandro Cañas Pinochet, el arqueólogo Max Uhle y el obispo don Carlos Silva Cotapos.

Era un raro privilegio que me embelesaba, pero que me obligaba también a pensar en cosas superiores a mi capacidad infantil.

Yo he tenido, por consiguiente, mi violín de Ingres: la arqueología y las ciencias afines, que me cautivaban desde la lejana infancia, a través de pintorescas polémicas y curiosas disputas sobre la estación paleolítica de Taltal, el origen de los araucanos o la antigüedad del hombre en América. Así como otros escritores leen novelas de detectives para descansar de libros más profesionales, yo prefiero, en mis vacaciones, distraerme con obras como las que abundan tanto en mi casa paterna.

El eclecticismo de mi padre se puso a prueba recibiendo ciertos impactos de la tradición religiosa familiar. Por el lado protestante de su raza existía un recargado tono de puritanismo en las costumbres de los abuelos. Por parte de mi madre dominaba una herencia católica que nunca dejó de pesar en la sangre.

La solución fue sincretista cuando hubo que dirigir mi enseñanza; se me tuvo unos años en un colegio religioso y después unos cuantos en establecimientos laicos, dominados por otros ideales. Recuerdo que pasé tres años en el Instituto Nacional, después de haber estudiado en el de Humanidades. En el primero se formaban los hijos y descendientes de las familias liberales. Como soy algo contradictorio, el resultado de esa experiencia fue más bien adverso y me incliné entonces a la línea católica y tradicionalista en contrapunto a lo que pensaba mi padre y también la mayoría de sus amigos. El Instituto Nacional era un excelente colegio, que ha mejorado con el tiempo. Recuerdo a tres profesores que dejaron una huella en mi carácter: Ulises Vergara, seco, pero buen maestro de historia; Eliodoro Flores, de una suavidad de maneras que lindaba en el preciosismo, y don Francisco Zapata Lillo, cuyo estímulo me sirvió tanto como sus lecciones de francés. Flores poseía una pulcritud propia de los antiguos pedagogos de chaqué y alentaba a sus alumnos junto con difundir con rigor el buen uso de la ortografía. Nuestra generación aborrecía el canto, que enseñaba don Ismael Parraguez, modelo exquisito del viejo estilo. Fue imposible que el solfeo reemplazara a los chivateos dominantes en los viejos patios del venerable caserón

de la calle Arturo Prat. En el país hubo un desarrollo posterior del arte musical, hasta el admirable florecimiento presente de los coros universitarios y de otros que existen en liceos e instituciones de enseñanza. Entonces no se miraban con buenos ojos los gorgoriteos de don Ismael y sus infructuosos esfuerzos por someter nuestra rusticidad melódica a bien acordados ritmos. Siempre empezaba su clase llamando al indomable señor Latcham y diciéndole:

—¿Sería usted tan gentil que tarareara el comienzo de la composición *Mi canario cuando canta*...?

Y el señor Latcham por centésima vez se sonrojaba, sin poder salir de su marasmo.

En esa época manifesté mi curiosidad por los misterios de la religión y su historia, por lo cual mi padre me puso en manos de ilustres sacerdotes para que me dirigieran espiritualmente. Así pude conocer y frecuentar a don Carlos Silva Cotapos, después obispo de La Serena y de Talca. Me enseñó apologética y me hizo leer libros de gran importancia en una verdadera formación humanística. Entre otros, rememoro la *Historia de los heterodoxos españoles*, de don Marcelino Menéndez y Pelayo, que, si no contribuyó para ganarme a la causa de la Iglesia, sirvió notablemente al diseñar una futura e insobornable vocación hispanista. A don Carlos Silva Cotapos, aparte de su amistad varonil, producto de un temperamento de exterior seco e inexorable, le debo más que a muchos profesores oficiosos.

Puso en mis manos toda clase de obras serias, las escogió con gran rigor y después me interrogaba sobre el efecto que suscitaban en mi espíritu de adolescente. Era un individuo alto, delgado, aristocrático, miope, de maneras señoriales y categóricas, algo cortante en su trato, pero de gran bondad interna. Cuando lo frecuenté más fue en La Serena, durante unas largas vacaciones pasadas allí, en 1921. Lo acompañaba a diario en sus paseos vespertinos a la playa y después comía con él en el palacio episcopal. La diócesis pasaba por un período de reorganización, en el que hubo que reajustar la disciplina eclesiástica después de un tormentoso período de anarquía, que culminó poco antes de morir monseñor Ramón Angel Jara. El señor Silva Cotapos se concitó la antipatía de numerosos clérigos alborotados, y de gentes de sacristía que estaban acostumbradas a imponer sus ideas en el manejo de las cosas eclesiásticas. Las puso en cintura a todas, restableció el orden y la buena administración, pero se hizo profundamente impopular, lo que resintió su salud y agrió su carácter. Me hacía confidencias y a su regreso a Santiago lo seguí visitando en su casa de la calle Catedral.

Había terminado yo las humanidades en forma privada y se

pensaba hacer de mí un abogado. Don Carlos me aconsejaba que me consagrara a los estudios históricos, y a él le debo, en gran parte, además de la herencia paterna, el instinto y el método de investigador que en apariencia no poseo.

Digo esto con llaneza; tengo un exterior desordenado y una tendencia a ornamentar lo que expongo; pero, en el fondo, antes de acometer un tema o un asunto, lo estudio desde todos los ángulos y busco pacientemente cuanto material escrito existe sobre él.

Sigue siendo discutible el problema de la herencia y nadie ha podido lanzar la última palabra acerca de sus postreras consecuencias.

De mí sé decir que de lo paterno obtuve un determinado orden y método que nunca dejo de mano, la tendencia al rigor y algo imaginativo destinado a sazonar las arduas cuestiones que me desvelan. De lo latino me salta quizá la fantasía, alguna dispersión en lo que digo, que precipita un demonio interior, y el individualismo anárquico que me invalida en las actuaciones políticas.

Comencé a escribir en público en 1919. Hice mis primeras armas en un diario provinciano de mi tierra natal: *El Chileno*, de La Serena, donde residía periódicamente, por ser el lugar en que vivían los últimos parientes maternos.

Era ése un ambiente reducido, en el que proliferaba la chismografía lugareña y se mantenían en otras partes desteñidas polémicas doctrinarias entre clérigos letrados y radicales que leían a Darwin, a Spencer y a Littré.

Se cambiaban tremendos bombazos entre los sacerdotes muy peculiares, el canónigo don Manuel Antonio Guerrero y el presbítero don Marcos A. Callejas, con un libelista radical, don Julio Guerra. Todos estos incidentes de villorrio conmovían a la gente y provocaban toda suerte de comentarios parroquiales. El canónigo Guerrero era apodado Fray Batuco, porque una vez dijo en un discurso, en el Centro Conservador, que desearía tener la fuerza explosiva del polvorín que voló el pueblo de ese nombre, para aventar a sus adversarios. Todos los días, después de almuerzo, se sentaba debajo de los floripondios de la Plaza de Armas a conversar con magistrados que aguardaban la hora de entrar a la audiencia de la Corte de Apelaciones o con pacíficos vecinos. Resultaba uno de los ejemplares más simpáticos de la fauna humana de esos lejanos días, junto con don Marcos A. Callejas, muy versado en teología y dogma, pero de un carácter puntilloso y de lengua muy suelta para criticar en sus sermones las costumbres femeninas. Su especialidad consistía en fustigar al bello sexo, lo que hacía que sus pláticas y homilias se vie-

ran concurridas por un auditorio profano y hasta por gentes descreídas. Evoco estas costumbres y semejantes hábitos, por su colorido local y regional, por el gran sentido de añoranza que poseen para mí y por su relación con un mundo moral que ha desaparecido totalmente en la vorágine del tiempo.

Después entré en el periodismo santiaguino, estrenándome en 1923 en *El Diario Ilustrado*, casi junto con mi compañero de la Academia Chilena Manuel Vega. Mi artículo inicial estuvo destinado a rectificar unas afirmaciones, que estimé antojadizas, de Enrique Tagle Moreno (Victor Noir), vertidas en *La Nación* de Santiago. El tema debatido fue la abdicación de O'Higgins y sus principios políticos y religiosos.

Permanecí colaborando en *El Diario Ilustrado* hasta 1929. Aparte de Vega existían en su redacción diversos escritores de muy amplia resonancia en el pensamiento nacional. Uno de ellos era el polemista don Rafael Luis Gumucio, noble camarada y temperamento empecinado, pero de gran claridad mental. Escribía en forma incisiva, estudiaba bien el flanco del adversario y lo castigaba a fondo con su estilete mortal. Gumucio era un gran luchador, que murió pobre y desencantado, a pesar de los servicios que prestó a su causa. Usaba una prosa corta y tajante, de prosapia más bien francesa que castellana. No le gustaban los periodos ampulosos y no expresaba la más mínima simpatía por mis aficiones hispanistas. Cuando lo desterró la dictadura militar, en una noche inolvidable, me dio un abrazo que fue su despedida, y, mirando por la amplia ventana al cielo estrellado, me dijo:

—Pronto nos encontraremos.

Y así sucedió, porque en 1928 lo volví a saludar en Bélgica, donde comió el pan magro del ostracismo.

Gumucio le imprimió su tono al órgano de publicidad de la calle Moneda. Venía de Valparaíso, donde pulverizó con sus ataques a uno de los regímenes municipales más corrompidos del gran puerto. Su corazón era tierno y ocultaba una gran bondad de alma en su estructura física frágil y en su temperamento sentimental.

Don Alejandro Silva de la Fuente, ilustre miembro de la Academia Chilena, era la antítesis de Gumucio. Nunca discutía con pasión y examinaba los argumentos de sus adversarios con una frialdad y un método británicos. La cortesía empapaba sus maneras y una gran filosofía de la vida saturaba sus costumbres. Daba consejos pulcros, redactaba sus artículos a mano, encerrado en un gran escritorio, y desde ahí, con invisibles resortes, imponía un orden austero y un método de trabajo muy bien calculado. Entre los periodistas que he

conocido quedará siempre como un ejemplar sin copia, como un modelo de versación y honestidad, como un símbolo de sinceridad y desinterés. En el fondo de su estilo siempre he descubierto una chispa de humor y algo de refinada dialéctica, que vencía a sus contradictores. Jenaro Prieto era *l'enfant terrible* del equipo ideológico del diario de la calle Moneda. Aparecía como una paradoja viviente. Empezó su vida como corredor de comercio y dedicándose a la pintura. No he conocido otro individuo que tuviera más dificultad para redactar y se demoraba tardes enteras en preparar uno de sus regocijados comentarios a la actualidad o una de sus crónicas dedicadas a ridiculizar a los tontilandeses. Asistía, a veces, a las tertulias literarias de doña Martina Barros de Orrego y de Sara Hübner. Los que no sabían vislumbrar su carácter lo encontraban desabrido o escéptico. Permanecía, largos ratos, silencioso mientras fumaba su pipa y perdía la mirada en el vacío. De pronto soltaba el hilo retozón de su ingenio, de su causticidad, de su crueldad, de su sentido del ridículo, que también aplicaba a su propia obra. Nunca se interesó a fondo por el arte nuevo, fuera éste plástico o literario. Por eso escribió páginas inauditas de incompreensión y de sarcasmo en sus *pastiches* de Gabriela Mistral o de Pablo Neruda, lo mismo que al referirse a Marcel Proust. Cuando se le interrogaba sobre sus creencias religiosas, contestaba que tenía la fe del carbonero, sin preocuparse en lo más mínimo por los problemas del espíritu. Al final de sus días se acendró en él una nota mística que no surge nunca en sus artículos y novelas. Esto lo he sabido por amigos comunes, pues nos separó una diferencia política y nunca más nos hablamos después de 1932. Jenaro Prieto era muy expansivo en la intimidad, le gustaba la vida en todas sus formas, hasta parecer pagano en su medio; tenía desapego al dinero y sabía desprenderse de él con munificencia.

En *El Diario Ilustrado* se entabló mi conocimiento con Manuel Vega. Entonces trasnochaba casi tanto como otros redactores y contertulios que comentaban en sus oficinas las novedades políticas y sociales. En la actualidad son menos los que siguen esos hábitos de nocturnidad, que imperaban en las viejas costumbres de la prensa. Vega mantiene un hábito de pulcritud muy raro: revisa sus artículos y los ajenos, los corrige y pule con cuidado. Se puede confiar en su constancia y tenacidad para que los originales sean respetados y las pruebas sean enmendadas a entera satisfacción de quien se las entrega. Aparecía a horas inusitadas en los talleres y los abandonaba, en ocasiones, al amanecer, después de entregarse por entero a sus pesados trabajos. Con Manuel Vega he tenido diversas polémicas.

apasionado, pero que solía revelar súbitos fulgores de diamantina frialdad. Se operaba entonces una caudalosa transformación en la sensibilidad, y los escritores saltaban bruscamente de un mundo algo estático al ambiente convulso surgido de la primera postguerra mundial. Corrientes diversas y revolucionarias agitaban al arte y sus impactos operaban en las costumbres y los hábitos sedentarios de los chilenos.

Picasso y el cubismo, Cocteau y Proust, Gide y Valéry, Tristán Tzara y el dadaísmo, Huidobro y su creacionismo, Neruda y sus primeros poemas, la escultura y pintura de vanguardia, junto con las tremendas explosiones del jazz y de la música sincopada, estremecían todos los cimientos tradicionales en que descansaba nuestra educación estética.

Los salones a que aludí también participaron, pero en un tono más recatado, en los ardientes debates que provocaban tantas novedades.

Alrededor de 1924, en unión de Manuel Vega, que era mi compañero en *El Diario Ilustrado*, empecé a frecuentar la ya histórica tertulia de doña Martina Barros de Orrego. Dominaba como una gran dama de viejo cuño, de rara moderación en su lenguaje, de fino señorío en las maneras. Tenía el don natural de templar a los atrevidos de lengua, a los impacientes y a los desmesurados. Pero como un extraordinario contraste buscaba a muchas gentes jóvenes o que empezaban su aprendizaje intelectual. Doña Martina atendía a sus visitas en su enorme casa de la calle Catedral, que en el siglo anterior visitaron hombres de la talla de Sarmiento, Lastarria, Balmaceda y Guillermo Blest Gana. Este último decía al despedirse, pensando que ya era tarde:

—Sus contertulios llegarán al otro día...

Tal peculiaridad se mantuvo hasta poco antes de la muerte de la simpática dama, que alcanzó a la edad de noventa y cuatro años.

Doña Martina cultivaba también, aparte de su hospitalidad agradable y acogedora, la virtud de la tolerancia, en contraste con la agresividad externa y lo tronitonaante del lenguaje de su pintoresco y simpático hermano, el doctor don Víctor Barros Borgoño, que reeditó la tertulia de la calle Catedral en otra, de tipo más casero, en su morada de la calle Rosas.

Don Víctor era un tipo excéntrico, que parecía arrancado de una novela de Dickens. Se irritaba con enorme facilidad y se retiró de las reuniones de su hermana por causas increíbles. Sostenía que allí se defendía a Felipe II y a la Inquisición; que Alvaro Orrego, al explicar la teoría de la relatividad, que nadie entendía entonces,

había ofendido la memoria intocable de Newton, y que doña Martina atribuía arbitrariamente la paternidad de las obras de Shakespeare al canciller Bacon. Todo esto enfurecía al corpulento anciano y entonces tronaba contra medio mundo. Su virulencia externa ocultaba una gran bondad y una sabiduría muy vasta. En compañía del presbítero don Juan Salas Errázuriz emprendió la tarea, des-acostumbrada entre nosotros, de redactar un diccionario de raíces griegas. Mientras avanzaba el trabajo, murió su insigne colaborador y nunca fue terminado por don Víctor.

—Lo peor de todo —decía— es que nos detuvimos en la palabra cornudo...

El ruidoso galeno salía por las tardes a visitar librerías y también era aficionado a la ópera, a las operetas y al teatro. Se sabía de memoria óperas enteras y obligaba a sus visitantes de los sábados a entonar arias que iniciaba él mismo y que concluían coreadas por todos los huéspedes. Lautaro García ha revelado en una crónica digna de las antologías todos los ritos de iniciación y particularidades que regían en sus tertulias.

La que yo frecuentaba con Manuel Vega, don Juan Agustín Barriga, Isaac Echegaray, Jenaro Prieto y otros amigos, era nocturna. Cada visitante daba un determinado número de golpes y el dueño de casa se asomaba por una mirilla que existía en el portón de su residencia, a comprobar si el que llegaba correspondía perfectamente a la persona esperada. Las cóleras de don Víctor eran oceánicas, pero apenas disimulaban su corazón de paloma. Todo en él era llamativo y barroco, sus tenidas que le daban la apariencia de un profesor alemán, con un sombrero exornado por una plumita verde, su capa española con esclavina clásica, sus bastones en series que tenían mangos de marfil con pequeñas esculturas de escritores y artistas. Así decía pomposamente:

—Hoy voy a salir con Shakespeare, mañana con Goethe y el domingo con Ibsen.

Gastó enormes sumas de dinero en coleccionar estatuas, relojes, cuadros, reproducciones monstruosas o perfectas de grandes maestros, flores artificiales construidas con cera y que tenían sus correspondientes perfumes, preparados en potecillos que administraba a sus agostados ramilletes. No he conocido nunca, a pesar de haber frecuentado personajes barojianos, nada comparable al carácter de don Víctor, héroe de una novela por escribirse, anacronismo viviente y persona noble, amistosa e ingenua. Dominaba varios idiomas y hasta rezongaba en ellos cuando se encolerizaba, lo que sucedía a menudo, mientras se le contradecía por don Juan Agustín Barriga

u otro visitante. No obstante, sabía escuchar también, se interesaba por los problemas literarios y conocía las literaturas griega, latina, francesa, inglesa, alemana y española en sus propios originales. El humanismo de don Víctor se enterró con su muerte y apenas se vertió oralmente en disputas eruditas y conversaciones pintorescas.

Aquí debo hacer revivir, con afecto ajeno a todo partidarismo, la figura de un artista que tuvo decisiva influencia en mi juventud, reemplazando a varios maestros: don Juan Agustín Barriga, presante orador y varón de espaciosa cultura clásica y moderna. Existe un Juan Agustín Barriga de carne y hueso, que es el que yo quise, y otro que ha entrado en el mito y en el santoral. Tuve primero un contacto fugaz y respetuoso con este escritor de abolengo, a través de mi padre y por causas nada literarias, más bien crematísticas. Se trataba esa vez de una prolija negociación en que actuaron dos personas ilusas en materias económicas: mi padre, que redactó un informe, en su calidad de ingeniero de minas, y don Juan Agustín, que vivía esperanzado siempre de alcanzar súbita fortuna.

Entonces me aproximé, como dije, al que más tarde sería un maravilloso compañero en profusas trasnochadas y andanzas callejeras.

Barriga era el caballero de la noche. Su inteligencia sutil y analítica, que sabía examinar el lado interno de las cosas arduas y de los problemas políticos e intelectuales, se animaba de un modo indefinible al comenzar la oscuridad. Su temperamento nervioso, exteriorizado en tics y parpadeos, lo hacía agitarse y moverse de un sitio a otro, recorriendo con pasos menudos el extenso recinto de la calle Catedral, donde imperaba doña Martina Barros. Fue su más inagotable contertulio durante decenios, hasta poco antes de su muerte.

Siempre llevaba en los bolsillos alguna revista francesa y hojeaba en las librerías, con pulso vacilante, las postreras novedades que fluían de París o de Madrid. Su hispanismo brotaba de cepa genuina, no siendo de esos pegadizos o destinados a henchir las rutinarias metáforas de la Fiesta de la Raza o del floralismo finisecular.

Administraba una memoria copiosa, bien abastecida por el estudio y fortalecida con la meditación. No perdía detalle de las nuevas corrientes del pensamiento político, social y, sobre todo, religioso. Las malas lenguas de su época susurraban que componía muchos sermones y pláticas de encargo a diversos sacerdotes.

Con su gran saber y con métodos muy persuasivos conseguía que sus amigos y camaradas nocturnos, como Jenaro Prieto, Ma-

nuel Vega, Lautaro García, Isaac Echegaray, Eugenio Orrego Vicuña, yo y otros, nos acostumbráramos a oírlo sin tregua, a acompañarlo y seguirlo en sus fecundos soliloquios, o diálogos, de gran dinamismo espiritual.

Barriga, concretándose en él la frase aplicada a un escritor inglés, derramó el genio en su vida y el talento en su obra escasa, pero bien equilibrada, con sustancia auténtica y puntos de vista muy sugestivos, que surgían de su propia Minerva.

Siempre estaba informado y discriminaba con pasión los problemas que, en ese instante, desasosegaban: la poesía pura y los debates promovidos por Henri Bremond o Paul Valéry; las audaces ideas económicas de Georges Valois; la notabilísima disertación del padre Rousselot en que desmenuzaba el intelectualismo de Santo Tomás; los ensayos preciosos de Miguel de los Santos Oliver, que divulgó; las arriscadas discusiones que encendían Léon Daudet y Charles Maurras; el refloramiento de la filosofía lulista en España; la vivisección emprendida por Pierre Laserre de la formación de Renan en Saint-Sulpice; las nuevas investigaciones sobre Pascal y Port-Royal, que entonces aparecían; todos éstos eran temas de su inagotable repertorio de lecturas y divagaciones.

Pero lo que más me cautivó en don Juan Agustín fue su desconocimiento de la envidia, a pesar de los agravios que le infligieron las mismas gentes a las cuales consagró lo más puro de su esclarecido entendimiento. Apenas expresaba un aristocrático desdén a los triunfadores del momento y frente a los oportunistas criollos, que acechaban siempre el turno del poder para medrar.

Una voz nada sospechosa de resentimiento, la de don Pedro N. Cruz, se expresaba así de ciertos ángulos del carácter nacional: "Porque los que aquí alcanzan una posición elevada luego se vuelven importantes y graves, hablan con pausa y largamente sin permitir interrupciones, atienden a la redondez de la frase, presumen de discretos y reprimen, como poco decoroso, cualquier movimiento sencillo y espontáneo".

En Barriga no prevalecía ninguno de estos ángulos negativos de la idiosincrasia, dominante en las esferas políticas de su generación, salvo honrosas excepciones. Prefería el coloquio familiar, el abandono concedido a los amigos y discípulos que empezaban a ambicionar los halagos de una gloria esquiva, pero que a la vez cosecharían idénticos desencantos con el transcurrir de los años. Como nadie entre nosotros, cultivó el arte de la conversación, inasible y perecedera en la forma, pero que cayó con hondura en la conciencia de cuantos lo frecuentaron.

Esa su manera de enseñar deleitando tenía algo de magisterio socrático y consistía en un diálogo apacible que también era un alumbramiento de lenta y doliente gestación en el espíritu que actúa sobre la esperanza de un porvenir más egregio.

Por aquel mismo tiempo tomé contacto con dos personalidades muy diversas, pero unidas por el hilo de disciplinas paralelas: don José Toribio Medina y don Tomás Thayer Ojeda, ambos también miembros de la Academia Chilena.

Medina era un individuo enjuto, de apariencia frágil, pero dueño de una enorme energía, sin segundo por su fecundidad en el panorama intelectual de la patria. Los rasgos psicológicos de su carácter brotaban contradictorios. Solía ser desapacible y rotundo en sus respuestas y parecía entonces alejar a los majaderos y a los importunos que tanto abundan. En la intimidad prefería estimular a las gentes jóvenes, como lo pudieron atestiguar Ernesto de la Cruz, Ricardo Donoso, Guillermo Feliú, Eugenio Pereira Salas y el que habla.

Yo no tenía vocación de historiador, pero me crié entre papeles viejos, archivos, y curioseando por los antiguos cronistas desde que leí, muy a hurtadillas, a Garcilaso el Inca, en la biblioteca de mi padre.

Medina expresaba simpatía a la gente nueva. Sin embargo, tuvo un gran fracaso que me narró. Mientras desempeñó la cátedra de historia de América en el Instituto Pedagógico, no descubrió la menor comprensión entre sus alumnos. Lo consideraban demasiado sabio y preferían a maestros de menor categoría, pero sometidos a cartabones rutineros de liceo. No sintió amargura por su frustración de maestro, pero refería el incidente con picarescos condimentos.

El gran sabio me tomó afecto por mi gran curiosidad hacia las cosas que lo afanaban. Por eso me invitó a un reducido banquete realizado en su casa de la calle Doce de Febrero, a raíz de la celebración de sus bodas de oro en las letras. Allí oficiaba, en la tranquilidad de su hogar, como excelente anfitrión que servía exquisitos guisos y vinos muy escogidos a un grupo de amigos, encabezados por su compadre, don Domingo Amunátegui Solar, y por el crítico y latinista don Emilio Vaisse (Omer Emeth). Debo bastante a esa poderosa comprensión de un hombre encanecido gloriosamente, y que recibió en el crepúsculo de su estupenda vida homenajes sin precedentes en todo el mundo hispánico. Más tarde lo descubrí en Sevilla, mientras preparaba la publicación de su precioso volumen que contiene las cartas de Pedro de Valdivia.

De Medina se hablaba torrencialmente, pero pocos lo leían. Resultaba una especie de émulo del Tostado o de Menéndez y Pelayo, pero sin el rigor crítico del segundo. Era algo seco para escribir, aunque tiene páginas de calidad que merecen revisarse, sobre todo en su *Vida de Ercilla*, libro de primera clase en su género.

Su vitalidad lo hacía caminar todavía con agilidad por la calle de las Sierpes, en Sevilla, a pesar de los años que tenía en el momento de su última estada en España y Europa. Me reconoció en seguida y lo acompañé por unas horas en sus andanzas en la ciudad andaluza. De repente, apuntó a un viejo caserón con su frágil bastoncillo que completaba su enteca figura, y lanzó estas sorpresivas palabras:

—Mira, niño, cuando yo era joven visitaba en ese recinto a unas chicas muy guapas que todavía recuerdo. Los tiempos han cambiado y las mujeres de ahora no tienen el mismo garbo.

Esto no quisiera que sonara a irreverencia, porque Medina ocultaba una veta cálidamente humana en un pueblo aficionado a la gravedad, que reviste a sus grandes hombres con el estuco que los desfigura.

En contraste, don Tomás Thayer Ojeda, que afortunadamente para las letras chilenas todavía se conserva, era de aspecto más apacible y de índole más suave que Medina, cuando lo visitaba en el Archivo Nacional. Me enseñó a descifrar documentos coloniales y a meterme en apolillados expedientes de la Conquista, cuya clave hoy no podría dominar. En su casa almorzaba casi todos los domingos, y en veladas de gran provecho aprendí a entrometerme en los enredos amorosos de Pedro de Valdivia, en las andanzas heterodoxas de Francisco de Aguirre o en los estrepitosos lances que tuvieron por héroe a don García Hurtado de Mendoza. La historia de Chile me entraba más que por los libros, por el aprendizaje oral que brotaba de individuos tan eminentes.

Thayer Ojeda habría sido un modelo de benedictino: erudito, tenaz, modesto, entregado con pasión a sus estudios sin pedir ni ambicionar nada. Como implacable tributo que le cobró la ciencia histórica, perdió al fin su preciosa vista.

La juventud de esta generación —Feliú Cruz, Donoso, Silva Castro, Orrego Vicuña, Alemparte, Eugenio Pereira y muchos más— debió bastante al sacrificio y al desinterés de tales hombres impares en el campo histórico.

En un plano diverso, pero enlazado por la sangre con doña Martina Barros y por la amistad a don Juan Agustín Barriga, se situaba

don Augusto Orrego Luco, reliquia entonces venerable del brillante siglo XIX.

Representaba, entre nosotros, el último residuo del romanticismo. Leía con ardor a Voltaire, a Beranger, a Byron y a Goethe, con la misma unción que ponía en el estudio de los métodos científicos de Charcot, al iniciar en Chile el conocimiento de la estadística clínica y otros métodos destinados a renovar la medicina.

Como a varios pichones de literatos, a mí me parecía Orrego Luco un ser algo misterioso, excesivamente reservado. Alone lo definió como "un doctor suavísimo que con *paso de terciopelo* ha caminado por tantos caminos y en todos —los de la ciencia, el arte o la simple crónica periodística— ha sabido encontrar gotas de miel del Himeto y granos de sal ática".

Lo llamaban, algo irónicamente, el doctor Dulcamara. La dulcamara es una planta solanácea, de exterior agradable, de flores en ramillete, de tallos y hojas saporíferas. Siempre se presentaba cuidadosamente vestido y en la penumbra de su viejo escritorio dominaba su elegancia de *dandy*, su silueta estilizada, con un chaquetón decorado por pieles y polainas claras. Tenía una sensibilidad delicada que contrastaba en un ambiente de políticos extraídos del agro o burgueses enriquecidos por las especulaciones bursátiles.

Le gustaba desconcertar cuando conversaba con los jóvenes. A veces no concluía las frases o les daba un sentido ambiguo a sus sentencias. Hablaba con pausa y dejaba flotando sombras o medias tintas al terminar un período. No era, a pesar de esto, engolado, y daba la sensación de algo distinto a su medio. Le agradaba platicar con la gente moza y varias veces me recibió en su estudio de la calle Catedral, abarrotado de cuadros, esculturas y libros de toda clase, en cuyas estanterías resaltaban las obras completas de Voltaire.

Me refirió una anécdota sabrosa. Una dama, excesivamente beata, se llevó uno de los tomos del execrado polemista y, aconsejada por su confesor, no lo devolvió nunca a don Augusto, dejando así trunca la costosa edición.

El sistema que tenía para abordar a las gentes era tácitamente administrado para desconcertar a los auditores y también lo empleó como recurso parlamentario.

Siendo Ministro del Interior, recibió un voto de censura, pero sus adversarios políticos le expresaron antes el respeto que merecía su personalidad. Entonces lanzó estas palabras, muy propias de su carácter irónico: "Me habéis dado el veneno, señores, pero me lo habéis proporcionado en copa de oro".

Orrego Luco exhibió un rasgo generacional que lo asemeja a Barriga, Medina, Thayer y otros escritores aquí recordados: el desinterés franciscano que tuvo en sus actuaciones públicas y profesionales. Resulta conmovedor rememorarlo en una época en que la medicina se halla burocratizada y no siempre cumple con los ideales de Hipócrates.

Don Augusto y don Juan Agustín Barriga mantenían diferencias políticas y doctrinarias, pero los unía la vocación humanística y esas afinidades secretas que aproximan a los temperamentos generosos.

Hubo otras tertulias durante esos años: la del historiador don Joaquín Rodríguez Bravo, que se efectuaba los martes en su domicilio de la calle de Huérfanos, con asistencia variada y donde puntualmente iban Eugenio Orrego Vicuña, Guillermo Feliú Cruz, Alberto Cumming y el que habla, entre otros. Feliú Cruz me retó a duelo en una oportunidad, a raíz de un incidente que allí se generó y que tuvo contornos muy entretenidos. Todo, por suerte, concluyó de acuerdo con lo que decía jocosamente Daniel Riquelme: "En Chile los lances de honor terminan a cazuelazos".

Existía otra muy reducida, que se reunía en el hogar de Armando Donoso, situado en la calle A. Bellet, y también la de Sara Hübner, donde asistía con Jenaro Prieto y encontraba casi siempre a María Monvel, Marta Brunet —que se iniciaba con su libro *Montaña adentro*—, Eliodoro Astorquiza y el poeta modernista boliviano Ricardo Jaimes Freire, que tenía algo rígido y una elegancia afectada, de actor envejecido.

Todas estas reuniones contenían matices: en la de Rodríguez Bravo se hablaba de historia y erudición variada; en la de Donoso, de literatura, lo mismo que en la de Sara Hübner.

Surgía ésta como una mujer de sensibilidad extraordinaria, pero mal administrada. Encantaba y seducía con su rara y exótica belleza, que difundía en su ser una distinción aparte y atraía por su temperamento extraño y desconcertador.

Muchos escritores se enamoraban de sus encantos físicos, pero sabía tenerlos a raya con sus felinas coqueterías y evasiones, en un tira y afloja admirable.

En el fondo era una persona imaginativa, que cultivaba ese diabolismo excitador y cerebral de las heroínas de Barbey d'Aurevilly.

Satirizaba en artículos traviosos a las señoras santiaguinas, diciendo que no sabían caminar por las aceras, y su feminismo se expresaba en tocados muy llamativos y sensacionales, en defender

los derechos de la mujer y en desvelarse por causas absurdas o arriesgadas. Muchas mujeres de Hispanoamérica vivían todavía encastadas en los más absurdos prejuicios y convenciones, mientras aguardaban un mensaje de liberación que no arribaba.

En las tertulias dominicales de Armando Donoso dominaba su mujer, María Monvel, una de las escasas poetisas auténticas de Chile. Generalmente sus opiniones chocaban con las mías y tenía que suavizarlas su marido. En una oportunidad en que tomábamos el té con Manuel Vega, Donoso y María Monvel, apareció en el recinto, silencioso y cortés, el actual Presidente de la República, general Carlos Ibáñez. Habló con laconismo y se retiró con rapidez en una pausa de la conversación. Frecuentaban a Donoso muchos de sus colegas y él siempre acogió a todo el mundo con esa llaneza y amabilidad que lo caracterizaban. El crítico y ensayista no era un sujeto rencoroso y se reconcilió conmigo con presteza después de un artículo no muy apacible que le consagré, en 1931.

Impulsó con gran sentido del porvenir los estudios de literatura nacional cuando éstos suscitaban todavía el desdén de mucha gente de apariencia culta. Su condición moral era sana y su visión de las cosas henchidas de futuro. Se entusiasmaba con toda expresión de talento y animaba a escribir a los principiantes, dándoles consejos acertados y apoyándolos en su columna de *El Mercurio*.

Otro crítico que conocí, en 1923, fue Domingo Melfi Demarco, a quien estuve unido hasta su muerte, en 1946, por lazos de inquebrantable compañerismo. Ocupó diversos cargos desde que pilotó *La Zona Central* en Talca hasta que dirigió la revista *Atenea* y luego *La Nación* de Santiago. Yo fui crítico y redactor de ese diario entre 1941 y 1952, siendo mi jefe el acreditado ensayista, de visión justa, imparcial y humana frente a los problemas literarios chilenos y americanos.

Coincidió nuestro inicial encuentro en Talca con el año en que empecé a frecuentar la familia de la que hoy es mi mujer, Alicia Rivera Reyes, incomparable colaboradora de mis estudios.

En la ciudad del Piduco brillaba un pequeño pero activo foco de cultura, que se concentraba en torno de Domingo Melfi, quien utilizaba entonces el seudónimo de Julián Sorel. Al lado de él estaban el novelista Francisco Hederra, autor de *El tapete verde*, sátira violenta a los tahúres provincianos; Jorge González Bastías, el noble y soñador poeta del Maule y sus tierras pobres; Anibal Jara, periodista incisivo y gran lector; Jerónimo Lagos Lisboa, el vate simbolista de *Yo iba solo...*, individuo tímido y pulcro que trabajaba en la Compañía Chilena de Fósforos, bajo la férula admi-

nistrativa de mi suegro, don Luis Rivera Lisboa; el magistrado Enrique Escala, animador de las iniciativas intelectuales, y el bohemio vanguardista Samuel Letelier Maturana, que escandalizó a sus conterráneos con un enrevesado cuadernillo de versos.

Talca perdió su fisonomía inconfundible después del terremoto de 1928 y su grupo literario se dispersó, con excepción de don Francisco Hederra. Paralelamente a estos hechos, que tienen algún significado porque demuestran la aportación de la provincia a las letras nacionales, existe otro muy decisivo para mi futura carrera literaria: el conocimiento que trabé con el que sería inseparable camarada por un lapso de treinta y tres años: Mariano Latorre Court. A Mariano fui presentado en Santiago, en 1922. Lo admiraba por sus libros *Cuna de cóndores* y *Zurzulita*. Nunca más nos separaríamos, a pesar de no estar siempre de acuerdo en los problemas que nos preocupaban. El prefería, en sus interpretaciones de la literatura chilena, darles importancia al medio y al paisaje. Yo, en contraste, me interesaba más por revelar los ángulos histórico-culturales de la evolución intelectual del país. Mientras él se detenía a desmenuzar las regiones geográficas y sus peculiaridades, a mí me importaba más el hombre desde el punto de vista social y político. A Latorre no era fácil sorprenderlo desprevenido en asuntos vinculados a su profesión de catedrático universitario y de lector incansable que devora millares de volúmenes. Estaba al día en muchas materias y su intuición prodigiosa lo orientaba por toda clase de temas estéticos.

Cuando discutíamos solía ser arbitrario e imaginativo antes que dialéctico. Pero compensaba todas sus exageraciones y fobias con su enorme simpatía humana y su erudición matizada y creadora. Debo decir que en pocos compañeros de cualquier generación intelectual conocida hallé idéntico fervor y cariño por su oficio. Era un artista de raza, dotado del sentido del color y del paisaje, pero que concedía menos dimensión a lo psicológico, a pesar de sus aciertos al trazar siluetas de rotos, de huasos, de bandidos y de marinos.

Mariano me impulsó a entrar en el Instituto Pedagógico, por medio de un concurso y luego de haber realizado diversos estudios en Europa, que me sirvieron bastante en esa oportunidad. Me estimuló y me alentó siempre, a pesar de que muchos no me descubrieron ninguna vocación pedagógica. No voy a hablar aquí de mi experiencia en la enseñanza, pero sí puedo añadir que por veinticinco años he demostrado mi amor a esa carrera, en medio de sacrificios, incomprensiones, y disciplinando mi carácter.

Latorre si vive en otro medio habría sido mucho mejor com-

prendido. Afuera del país lo entendieron con más generosidad y lo colocaron entre los escritores más representativos del continente.

Entre los extranjeros que sintieron a Chile como su propia patria, se halla Mariano Picón Salas, camarada de ruta durante más de treinta años y uno de los valores más sólidos del pensamiento hispanoamericano. Entre nosotros derramó su ingenio, su gracia, su estilo sazonado y perfecto, su compañerismo y su gran cortesía de viejo abolengo andino, ya que nació en Mérida, la ciudad encaramada en la cordillera de Venezuela. A Mariano le debemos, muchos, parte de nuestra vocación americanista, que él apuraba con fino sentido crítico, con mirada certera de vigía y pulso de conductor de ideas. En 1930 inició con Raúl Silva Castro, Domingo Melfi, Eugenio González, Juan Gómez Millas, el que habla y otros, la organización del grupo Índice, que desarrolló una actividad ejemplar y significó la mayoría de edad intelectual para varios, junto con el descubrimiento de claros valores, como Benjamín Subercaseaux, que llegaba de Europa cargado de esencias renovadoras y explosivos conceptos sobre el sexo y la raza. Índice representó dos cosas muy categóricas: una revista moderna y ágil, cargada de las inquietudes más frescas, y un grupo puesto al servicio de la cultura y del saber, pero con nítido sentido de la responsabilidad política y social que imponía el momento.

Casi todos los componentes del equipo surgido en 1930 llevaron a la vida universitaria un aire saludable, que transmitió a las generaciones de estudiantes el signo de muchas utopías generosas, de muchos sueños y de promisorios desvelos.

A todas las gentes que aquí desfilaron hay que añadir todavía unos escasos nombres para hacer más cabal este recuento. Desde el extranjero arribaron a Chile dos notables literatos que, siendo mayores, ponían una nota atrevida, bizarra o elegante en el medio intelectual. Uno era Augusto d'Halmar, que volvió de Europa en 1934, con su mochila cargada de nostalgia y su corazón abierto al recuerdo y al ensueño. D'Halmar fue un infatigable animador que hacía resurgir en la memoria esa imagen impuesta por Pedro Prado al designarlo en el grupo de Los Diez como el "Hermano Errante". Logró destacarse por su prestancia física, por su oratoria fluida, por sus artísticos ademanes, por su voz sonora o grave, de actor adiestrado en los escenarios de la vida y siempre dispuesto a representar su papel con talento. Lo quisimos todos desde el primer momento. Su imaginación lo conducía por fantásticos senderos en que la realidad se transformaba o asumía contornos diversos a los verdaderos. Pero eso no importaba porque, en una tierra desprovista de hombres

semejantes, su verbo llenaba un vacío y su facundia reemplazaba muchas gravedades risibles.

Lo vi un poco antes de que muriera. Ya se presentía en su rostro la gravedad del mal que lo minaba. Estaba leyendo a un autor que fue su predilección juvenil, cuando trazó sus primeros cuentos: Alphonse Daudet. Ese libro quedó abierto en su mesa de trabajo el día en que su pulso dejó de latir.

El segundo escritor que no conocía, y que también llegó del extranjero, fue Miguel Luis Rocuant, que abrió pronto una tertulia en su casa situada frente al cerro Santa Lucía. En su temperamento existía una gran comprensión y se puso en contacto con todos sus compañeros que no había tratado personalmente. Rocuant conquistó pronto el afecto de cuantos lo conocieron. Sabía conversar e ilustraba con su experiencia y su sólida cultura clásica y moderna. No se interesó por las querellas literarias y conquistó el respeto de los diversos grupos de autores, a veces distanciados por ridículas diferencias. Conservaba el culto por lo helénico, que reveló en su bello libro *En la barca de Ulises*, escrito en un castellano impecable y lleno de observaciones de genuino artista sobre el mundo griego. Cuando desapareció Rocuant empezó también, como señal premonitoria, a disgregarse todo el núcleo de amigos que le rodeaban. Sus relaciones con la Academia de la Lengua demostraron además su pericia en el manejo del idioma español y la firmeza de sus conocimientos gramaticales.

No he querido, deliberadamente, hablar aquí de lo más cercano, de personas que actúan cerca de mí en el último tiempo, de escritores extranjeros y de viajes. También he dejado en el olvido a muchos nombres que no cabían en una enumeración rápida y tal vez arbitraria.

Antes de terminar debo decir algo de mi distinguido antecesor, don Misael Correa Pastene. No tuve la suerte o el honor de conocerlo. Apenas si lo vi una o dos veces en las redacciones de los diarios. Don Misael Correa tenía múltiples títulos para ocupar un puesto en esta corporación literaria, pero su principal timbre de orgullo, lo que le dio entrada, por derecho propio, en esta Academia, fue su íntima vocación de genuino periodista.

La mayoría de sus escritos se encuentran desparramados en diversas publicaciones, como *El Diario Ilustrado*, *La Unión*, *El Chileno* y *Sucesos*. Fernando Santiván lo ha enfocado admirablemente en su libro *Recuerdos literarios*, dado a luz en 1933. De él son estas frases muy sintéticas: "Don Misael, mediana edad, mediana estatura, hombros anchos. Aunque sus movimientos fuesen pausados, se

adivinaba en ellos la fuerza latente del que, en cualquiera oportunidad, podría dar un salto elástico y amenazador. Su cabeza robusta, de cara morena, alargábase en una perilla semejante a la de Pedro de Valdivia. Desde que lo conocí, no pude concebirlo con traje de la época; le puse con la imaginación coraza de acero, y sobre el pecho, una cruz con puntas flordelisadas; en vez de cuello, alta gollilla, tiesa de almidón”.

Al señor Correa Pastene no le quedó tiempo para escribir obras que resumieran su pensamiento, porque él mismo reconoció la servidumbre inexorable de los menesteres en que transcurrió su larga vida.

Lo absorbió como un torbellino el diarismo, con todas las angustias económicas provocadas por un trabajo mal compensado. Un gran escritor y político de Colombia, Carlos E. Restrepo, decía con mucho gracejo: “Cuando se escribe para comer, ni se escribe ni se come”. No es el caso de un hombre que, a pesar de haber producido millares de editoriales, crónicas y críticas, tuvo tiempo todavía para pensar recia y sinceramente.

Distaba mucho su sensibilidad de estar de acuerdo con la mía o con la de la generación a que pertenezco. Por eso resulta complicado medir la verdadera dimensión de su labor crítica, muy ceñida, a veces, a los cánones de un purismo que no comparto. Lo que más me ha interesado es una serie de artículos, algunos verdaderos ensayos, que divulgó en la desaparecida revista *Sucesos*, dirigida por Atilano Sotomayor. Entre 1922 y 1923 salieron excelentes estudios sobre Víctor Domingo Silva, Carlos Mondaca, Sady Zañartu, el poeta religioso Luis Felipe Contardo y el gran lírico modernista colombiano Guillermo Valencia, que nos visitó durante la Conferencia Panamericana celebrada en Santiago.

Ese conjunto de trabajos dados a conocer en *Sucesos* llevó el título genérico de *Paliques y entorches*, muy representativos de su casticismo españolista. A veces, tenía intuiciones y en ese período dispuso de más tranquilidad, al parecer, pues compuso muchas atildadas y meditadas páginas.

He escogido unos breves conceptos vertidos sobre la poesía de Luis Felipe Contardo, que dan una idea del mejor estilo del señor Correa Pastene: “En el señor Contardo —decía— se unen las corrientes poéticas en su forma de expresión, la antigua clásica y la moderna impresionista. Si la urdimbre es clásica, el espíritu es impresionista. No se asemeja, a pesar del parecido de los sentimientos religiosos, a Gabriel y Galán, sino a los poetas colombianos, José Asunción Silva y Guillermo Valencia. La sensación del paisaje, la

interna melancolía, lo pareo con Valencia, si bien no tiene aquella honda penetración del color del gran poeta colombiano. En el paisaje de Valencia domina la nota blanca, y en la artística combinación de sonidos de su verbo, las aes dan la sensación, aunque el poeta no lo exprese. En Contardo es la luz que dora o blanquea la que surge detrás de sus cuadros. Y en que su alma religiosa canta la bendición de la luz que Dios esparce sobre el mundo”.

Parece que el señor Correa Pastene cosechó ingratitudes y padeció apuros económicos en su profesión, que entonces no era muy bien remunerada. Dejó unas páginas muy sentidas en el elogio de su colega don Pedro Belisario Gálvez, en que vibra algo del desconsuelo provocado por la incompreensión. Allí expresa lo siguiente: “Nuestras empresas periodísticas hasta hace poco nacieron al calor de entusiasmos políticos o religiosos y fueron concebidas como sacrificios y servicios necesarios a la defensa de principios sociales. Hablo en general. Pocas han sabido aunar los elementos que parecen contradictorios y no lo son en esencia: la organización comercial y la propaganda idealista. Yo diría una verdad de Pero Grullo, desconocida en el hecho, y es que la propaganda va mejor en una empresa próspera, en un periódico que circula. Los diarios católicos han adolecido de esta falta de criterio; y como exigen sacrificios pecuniarios a los adeptos, también nos exigen a sus servidores”.

En la etapa final de su dilatada existencia el señor Correa Pastene publicó dos libros, los únicos que salieron de sus manos: *Carne y espíritu* (novelas breves), en 1939, y *Los caminos de Roma*, en 1944. Son páginas volanderas y destinadas a un público poco exigente. En el primero traza unas cuantas narraciones de modesto relieve, escritas en buen castellano, pero sin la penetración de un auténtico novelista. Los personajes se mueven artificialmente o no caminan, dando la sensación de ser unos títeres movidos con hilos bien visibles. En *Los caminos de Roma*, el laborioso cronista estudia a tres figuras de convertidos: Paul Bourget, Ferdinand Brunetière y François Copée. Traza una reseña de hechos muy conocidos y en honor de su sinceridad hay que añadir que sus ensayos están consagrados a divulgar materias que han sido dilucidadas antes por especialistas de categoría.

Mi simpático antecesor tuvo un concepto neto de sus posibilidades y no se salió del plano en que situó sus creaciones. Sirvió con pasión y rigor a sus ideas políticas y religiosas, escribió con soltura y, a veces, con elegancia, pero no evolucionó desde el punto de vista de la comprensión crítica. Esto se echa de ver en la última serie de artículos que publicó en *El Diario Ilustrado*. Ya no tenía la lozanía

de los *Paliques y entorches*. Revelaba cansancio y también desasimiento de la actualidad literaria.

Con su alejamiento material, producido después de una laboriosa y honorable vida, se apagó uno de los más nobles caracteres que ilustraron las columnas de la prensa chilena con su selecto entendimiento. Pertenecía el señor Correa Pastene a esa guardia del diarismo que muere con las botas puestas. Así partió un día, cargado de años y merecimientos.

He dicho de él las palabras justas en un elogio de esta naturaleza. Su amor a la verdad habría agradecido las luces y sombras que ofrece tan imperfecta semblanza.

He dicho.